

Valentina

O

cómo ser feliz sin magdalenas

Pilar G. Cortés

Contents

PORTADA

CRÉDITOS

DEDICATORIA

1ª PARTE

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

2ª PARTE

VALENTINA
O
CÓMO SER FELIZ SIN
MAGDALENAS

@Pilar Gómez Cortés 2016

ISBN:

Impreso por Amazon

Todos los derechos reservados.

A Pablo y a Paula,
ellos son mis magdalenas favoritas.

1ª PARTE

PRÓLOGO

Notaba las gotas de lluvia deslizándose por su cara. A pesar de que el agua amenazaba con entrarle en los ojos, no quería levantar la cabeza, no quería enfrentarse al mundo que la rodeaba, prefería quedarse tirada en el suelo, regodeándose en su vergüenza, escondiendo sus lágrimas entre las miles de gotas que aún caían del cielo.

Para rematar un día que ya empezó siendo malo, uno de esos días en que lo único que te apetece es quedarte en tu cama y meter la cabeza bajo el edredón, se puso a llover justo antes de salir de la oficina. En principio no le importó mucho, le gustaba caminar bajo un cielo gris, amparada por el paraguas, pero al ir a cogerlo del paragüero se dio cuenta de que estaba inservible. Tendría que haberse fijado en que Angie estaba esperando en la puerta, mirando sus uñas, haciendo tiempo. Había dado por sentado que esperaba a que la recogiera alguno de sus muchos novios. (¿O eran solo tres en turnos rotativos? A Valentina le parecían todos iguales, la verdad). Sin embargo, Ángela tenía otro motivo para esperar. Sonó un claxon, justo en el momento en que Valentina asía el mango de su paraguas, y vio cómo le hacía una señal con la mano a quien fuera que estuviese en el coche para que esperara. Luego se giró hacia ella y sonrió.

Valentina cogió su paraguas y varios trozos cayeron al suelo.

—Me parece que alguien ha confundido tu paraguas con un folio viejo. Igual querían hacer pajaritas de papel. —Ángela rio fuerte y se fue.

Tras ella salió Rosa, haciendo el eco con fuertes carcajadas. El resto de los compañeros salió sin decir nada, mirando al suelo. Todos excepto David, que se ofreció a acompañarla bajo la protección de su paraguas grande y negro. Valentina rechazó la oferta con un hilo de voz. No se veía con fuerzas para mantener la compostura y no quería llorar delante de nadie.

—Un poco de agua no ha matado a nadie —le dijo, e intentó sonreír. Creyó que había conseguido fingir bien.

Después de tirar el paraguas a la papelera, Valentina se cerró bien el abrigo. Salió a la calle y lo primero que miró fue el cielo negro de invierno

que lloraba con furia. Un rayo le dio la bienvenida. Suspiró, pensando en llamar a Rebeca en cuanto llegara a casa, solo para decirle lo que la echaba de menos, y comenzó a caminar. Antes de girar la esquina lo vio venir.

El coche era rojo, lo conducía un chico que podría estar dentro de una caja en una juguetería y llamarse Ken. De copiloto viajaba Ángela, que sonreía con esa mueca suya que a Valentina le recordaba al Joker. Justo antes de llegar a su altura el coche giró un poco hacia ella y aceleró. Pasó por encima de un charco provocando una ola que la empapó de arriba abajo y de fuera hacia dentro. Después siguió su camino acelerando como si estuviera en una carrera de Fórmula 1.

Por eso no le debería haber importado caerse en un charco. Pero fue lo que la hizo reventar. Hasta entonces había podido contener las lágrimas, pensando en que no la viera nadie de la oficina, aunque ahora ya poco le importaba. No solía encontrarse con ningún compañero en su camino a casa, en ese sentido se sentía a salvo.

Alguien pasó junto a ella sin advertir su presencia. Tal vez habría conseguido ser invisible por fin, tal como había querido siempre. Pero era difícil ser invisible con su complexión. Su madre le decía siempre que estaba fuerte, pero ella sabía que era demasiado grande. De altura nada exagerada, pero un poco por encima de la media. Y de anchura también, un mucho en lugar de un poco.

Valentina levantó la cabeza, la calle estaba vacía. Creyó escuchar el eco de una risa, pero era evidente que su mente le jugaba una mala pasada. Tenía grabadas las risas de sus compañeros de oficina. Desde que apareció Ángela había sido una constante. Antes al menos tenía a Rebeca, pero desde que ella se fue ya no le quedaban aliadas. Todos se pusieron de parte de Ángela. Normal: tan delgada, tan rubia, tan guapa, tan de uñas perfectas. Además sabía ser simpática con quien quería. Solo veían de ella su lado bueno.

El malo se lo reservaba a Valentina. Y no sabía cómo, pero hacía pasar sus abusos por bromas inocentes o por descuidos. Coger unas tijeras para cortar la tela de su paraguas le parecía algo excesivo, pero seguro que al día siguiente todos tendrían una excusa para ella. Por no hablar de su jefe. Le tenía comiendo de su mano. O de su escote. O de... Valentina casi no quería ni pensar en ello, hasta suponer lo que suponía le parecía una falta de respeto. Pero que a veces era difícil no pensarlo.

Se limpió la cara con furia, dejando un rastro de barro y decidió que era hora de levantarse, antes de que le cayera un rayo encima o algo así. Era lo

único que le faltaba.

Se había dejado convencer por Rebeca y ahora estaba empezando a creer que no era tan buena idea. Estaba sentada en la sala de espera del despacho de Recursos Humanos, en la central de su empresa. Las sillas eran modernas y cómodas, lo que la sorprendió. Pero la puerta de la oficina, donde tendría que entrar y demostrar a la responsable de contratar personal de que era la persona ideal para la nueva vacante, se hacía más grande a medida de que pasaban los segundos.

Miró el reloj: las nueve y media. Se había levantado con tiempo para elegir bien la ropa. Según Rebeca había que vestirse para ganar. Con el ansia por por no llegar tarde había llegado con veinte minutos de adelanto sobre la hora acordada, y a esa espera se le había unido la demora de las entrevistas, con lo que tenía la sensación llevar allí la vida entera.

La puerta se abrió y Valentina levantó la cabeza como movida por un resorte. En el vano se paró una chica rubia, delgada como no lo había sido ella misma en la vida, de largas piernas enfundadas en un pantalón blanco, que se despedía de alguien a quien no podía ver desde su posición con una sonrisa *profiden*.

—Ya te llamaremos, Ángela —dijo una voz femenina.

—Seguro. —La tal Ángela se sacudió el pelo hacia atrás, lo que hizo que las mechas de diferentes tonos rubios se mezclaran en un efecto de arcoíris monocromo—. Hasta pronto.

Salió con paso firme, pasó delante de Valentina, la miró de soslayo y levantó la barbilla con una mueca de suficiencia. Si hubiera estado en el pueblo la habría tirado a la regadera, como hizo con Leonor, a los once años.

—¿Valentina?

En cuanto escuchó su nombre volvió la vista hacia la puerta de nuevo. Allí había otra mujer, con unos papeles en la mano, mirándola fijamente. Se alegró entonces de haberse puesto su mejor traje chaqueta, sobrio pero elegante. Se levantó, se arregló la camisa y contestó:

—Sí, soy yo.

La responsable de recursos humanos la sonrió y le tendió la mano.

—Buenos días, Valentina, soy Paz, y hoy voy a conocerte un poco mejor.

Entró con paso firme, mientras se repetía a sí misma lo que tantas veces le había dicho Rebeca: estás hecha para el puesto, estás hecha para el puesto. Su aplomo se vino un poco abajo cuando sintió la puerta cerrarse tras de sí, pero, pese a que Paz no le transmitía una confianza plena, se agarró a los asideros de la silla para mantener los nervios a raya.

Salió de la entrevista satisfecha, sonriendo relajada. Había podido contarle a Paz todo lo buena que era, sin nervios y sin tartamudeos, tal como había ensayado con Rebeca. Había sido fácil porque, al ser una vacante interna, ya tenía un informe de su trabajo y dudaba mucho que hubiera una mancha en su historial. Había entrado a trabajar en la empresa casi dos años antes, como auxiliar administrativo, y ahora se había quedado libre un puesto de contabilidad, justo en la oficina donde estaba. Eran todo ventajas: más sueldo, cerca de casa y en el mismo entorno. Sabía que a Paz le había gustado, ahora solo quedaba esperar.

Atravesó la sala de espera sin fijarse en las tres o cuatro personas que había allí sentadas. No quería ver quién sería su competencia. Ella ya había hecho lo propio, si había alguien mejor para el puesto, al menos lo había intentado. Y pensar que si hubiera sido por ella lo habría dejado correr... Ahora, tras haber pasado el trance, sabía que si no se hubiera presentado no se lo habría perdonado nunca.

Las oficinas centrales eran como un laberinto. Era la segunda vez que estaba allí —la primera fue cuando la entrevistaron para conseguir el puesto actual— y ya no se acordaba de hacia dónde había girado. Se metió en un pasillo a la derecha, vio unos baños y aprovechó para entrar. Los nervios siempre le habían afectado en la vejiga.

Cuando salió ya no supo si venía de la izquierda, la derecha, o, ahora lo veía, de un pasillo casi escondido que salía hacia el frente. Se metió allí, más por curiosidad que por creer que fuera por ahí la salida. En efecto, lugar equivocado: se había colado en el armario de las escobas. Salió retrocediendo, casi no había sitio para dar la vuelta, y volvió a quedarse frente a las puertas de los baños. Izquierda o derecha, izquierda o derecha. Venga,

izquierda.

Giró hacia la izquierda, andando rápido, y luego se vio obligada a girar de nuevo en un recodo que hacía la oficina. Escuchó el sonido antes de darse cuenta de lo que pasaba: había chocado con alguien que llevaba unas carpetas en las manos. Le dio tiempo a pensar de qué material estarían hechas las carpetas porque, cuando le golpearon en la frente, lo sintió como aquella vez cuando le lanzaron una piedra cuando tenía diez años. Sin tiempo para más, se vio en el suelo rodeada de papeles y carpesanos vomitando todo su contenido.

—Vaya, lo siento —escuchó una voz de hombre—. Deja que te ayude.

Apareció una mano en su campo de visión, pero Valentina aún estaba aturdida. Miraba el desastre que se había montado con las carpetas y los papeles y notaba un dolor pulsante en la frente. Comenzó a notar que algo le resbalaba hacia la nariz y, al llevarse la mano al lugar y ponerla delante de los ojos, vio que era sangre. Con lo que odiaba la sangre.

—Oh, estás sangrando. Ven, vamos al botiquín.

Se dejó levantar y sintió que la guiaban por el laberinto que eran las oficinas. No era capaz de ver más allá de su mano ensangrentada. Tenía la sensación de ir en tren, de que las puertas de las oficinas pasaban junto a ella a toda velocidad. Un zumbido le aturdió la cabeza. Nunca le había gustado la sangre, la verdad, pero tampoco se había desmayado cuando la había visto. Esperaba que no fuera esa la primera vez.

Su acompañante le hizo sentarse en una silla y le escuchó rebuscar en uno de los botiquines. Lo cerró sin cuidado y sintió cómo le aplicaban una gasa húmeda. Enseguida empezó a encontrarse mejor.

—Solo es un rasguño. Pero si crees que deberías ir al médico la empresa lo pagará.

—Trabajo aquí, supongo que podría ir a la mutua.

—Ah, no te había visto nunca.

Valentina se sintió observada. Fue entonces cuando se le aclaró la vista y puso atención en la persona contra la que había chocado. Al verle abrió mucho los ojos y sintió que de nuevo se mareaba. Era un chico de su edad, quizá un par de años mayor, guapísimo, con unos ojos azules que la escudriñaban con una mezcla de curiosidad y agobio.

—Es que trabajo en la oficina exterior, la E1022 —consiguió explicar.

—Bueno, yo trabajo aquí. Encantado de conocerte.

—Creo que no puedo decir lo mismo —sonrió Valentina. Fue terminar de decirlo y notar cómo le subían los colores. No podía creer que estuviera

intentando tontear con un chico al que acaba de conocer.

—Bueno, no siempre voy así de descuidado. Llevaba algo de prisa.

—¡Los papeles! —Valentina se incorporó de golpe y tuvo que volver a sentarse— Ay, madre, la que hemos liado. ¡Y no te he ayudado a recoger!

—No te preocupes, lo importante es que estés bien.

—Estoy bien, gracias. Te ayudo con el desastre.

Esta vez tuvo cuidado al ponerse en pie y no se mareó. Al mirar a su alrededor vio que la había conducido a una pequeña sala con una camilla y un sillón cómodo.

—Es la enfermería guión sala de lactancia —le explicó su acompañante.

Salieron al pasillo y no habían andado un paso cuando una chica se acercó a ellos con un montón de papeles desordenados en las manos.

—Efrén, creo que esto es tuyo. —La chica se retiró un mechón de pelo con una mano mientras a duras penas sujetaba el montón de papeles con las carpetas con la otra—. Creo que se te han caído.

Valentina se sintió observada. Más que observada, escaneada, así que hizo lo que siempre hacía cuando una chica la miraba de arriba a abajo: devolverlo descaradamente. Esta vez apenas tuvo resultado, pues en cuestión de dos segundos la chica determinó que no merecía más su atención y sonrió a Efrén como si no acabara de pasar una mirada de desprecio por sus ojos. «Falsa», pensó Valentina.

Efrén recogió los papeles que le daban y lo agradeció con una sonrisa que iluminó la estancia. Valentina creyó notar cómo la chica y ella suspiraban a la vez, como si estuvieran en una película romántica. Sacudió levemente la cabeza y se despidió.

—Bueno, muchas gracias por todo, perdona el desastre, pero me tengo que ir.

—Por supuesto. ¿Sabes dónde está la salida?

—Es por allí —interrumpió la chica que le había llevado los papeles—. Todo recto, no tiene pérdida. —Cogió a Efrén de un brazo, tirando ligeramente de él hacia el lado contrario—. Déjame que te ayude a colocar toda esta montonera. ¿Cómo te las has apañado?

Efrén la miró un momento antes de dejarse llevar por su compañera y volver la vista al galimatías en que se había convertido toda su documentación.

—Claro que le conozco, coincidí en el curso de iniciación con él y trabajamos un tiempo juntos —le dijo Rebeca, con una mirada divertida bailando en sus ojos—. Es guapo, ¿no?

Valentina cayó en la trampa y, antes de darse cuenta, ya estaba asintiendo.

—¡Ja! Te ha gustado. ¡Lo sabía!

Se vio defendiéndose de su amiga con la cara colorada.

—Eh, no, no. Es guapo, pero nada más. Además...

—No lo digas —le advirtió Rebeca con un dedo en alto—. No lo digas que te conozco.

—No es mi tipo —terminó Valentina con un suspiro.

Habían pasado tres días desde la entrevista y aún no sabía nada. Cada día transcurrido se desinflaba un poco más, su autoestima se venía abajo y pensaba en la chica rubia que salió justo antes que ella o en las demás personas que esperaban en los sillones para entrar en el despacho de recursos humanos. Seguro que habría alguien mejor que ella. Siempre había alguien mejor que ella.

Evitaba pensar en Efrén. Cada vez que rememoraba el choque le invadía la vergüenza y miraba al suelo, esperando literalmente que se abriera y la tragara. Se alegraba al menos de no tener que verle más. Si estaba en la oficina central quería decir que era importante. Era el lugar donde todos en esa empresa querían ir a trabajar. Las oficinas secundarias —había al menos cinco, por lo que sabía Valentina, repartidas tres en Madrid y dos en Barcelona— eran eso, secundarias. Donde entraban los nuevos a trabajar y permanecían hasta que su ambición los llevaba a las oficinas centrales. Pero ella no quería ir allí. Valentina se conformaba con quedarse donde estaba, solo que ocupando el puesto de contabilidad. Labor que, por otra parte, ya estaba realizando.

El cuarto día le dio un vuelco al corazón al entrar por la mañana en la oficina. Allí, de pie en mitad de la estancia, hablando con Rosa de administración, estaba la chica rubia que había salido del despacho antes de entrar ella. La observó unos segundos: vestía unos pantalones de algodón que ondeaban alrededor de sus piernas escuálidas y un top pegado que le marcaba todas las costillas. El pelo lo llevaba suelto, pero en lugar de caer sin gracia ni movimiento como hacía el suyo, parecía flotar como un halo alrededor de su cabeza. Echó la cabeza hacia atrás, riendo, y Valentina hizo una mueca de asco. No le gustaban las risas falsas y todo en esa chica hacía que le sonara una alarma en el cerebro.

Pasó junto a ellas para dejar sus cosas en su silla, esperando pasar inadvertida, pero debía haber sabido que si estaba hablando con Rosa, la cotilla oficial de la empresa, no iba a suceder tal como pensaba.

—¡Valentina! —Rosa la paró cogiéndola del brazo—. Ven, te presento. Esta es Ángela.

—Me podéis llamar Angie —le dijo la chica rubia mirándola de arriba a abajo. Valentina contuvo la necesidad de taparse.

—Esta es Valentina —le dijo Rosa.

—Encantada —mintió.

Se miraron a los ojos, calibrándose. No sabía por qué le producía tanto rechazo, pero con esa mirada comprobaba que era recíproco.

—Ah, ya estás aquí, Valentina. —El jefe se había asomado a la puerta de su oficina, la llamada pecera por el enorme ventanal que lucía en lugar de pared—. Por favor, ¿puedes venir un momento?

Valentina obedeció sin hacer caso de las miradas de Rosa y Ángela, que habían levantado las cejas significativamente al escuchar al jefe.

Salió del despacho sin poder esconder una sonrisa. Ya estaba todo el personal en sus mesas, trabajando, o al menos fingiendo que trabajaban, como Rebeca, que en cuanto la vio se levantó y la envolvió entre sus brazos.

— ¡Enhorabuena!

— ¿Ya lo sabías? —Valentina se deshizo del abrazo de su amiga— ¿Y no me lo dijiste?

— ¡No, tonta! —Rebeca se echó a reír— Pero ¿qué otra cosa podía ser si sales tan contenta?

— ¡Empiezo esta semana con la formación!

El jefe se asomó a la puerta del despacho.

— ¡Venga, a trabajar! —dijo mirándolas. Luego paseó la mirada por la oficina y sonrió al ver a quien buscaba— ¡Ángela! Bienvenida. Pasa a mi despacho, por favor.

Valentina observó la sonrisa de su jefe y le recordó al cuento de Caperucita. «Qué dientes tan grandes tienes, abuelita», pensó. Se dio cuenta de que Ángela también lo advirtió, por la mirada que le echó al jefe de medio lado justo cuando pasaba por delante de él, pero no pareció importarle. Incluso movió un poco más las caderas, consciente de que le miraba el culo.

Sacudió la cabeza y decidió concentrarse en su trabajo. Al rato, un golpe

en la mesa le hizo dar un pequeño bote. La risa de lo que le pareció una bruja le dio la bienvenida al mundo real.

—Me ha dicho Paco que me ayudarás con esto.

Valentina miró hacia arriba para encontrarse con la sonrisa *profidén* de Ángela.

—¿Paco?

—Ay, sí, perdona —Ángela se sacudió el pelo—. Para ti el señor Peláez. Toma, aquí te los dejo.

Se fue a hablar con Rosa, dejando tras de sí a Valentina con la boca abierta y una torre de informes del tamaño del Empire State encima de su mesa. Buscó con la mirada a Rebeca, que fruncía el ceño desde su mesa de trabajo. Su amiga hizo ademán de levantarse, pero Valentina la contuvo con un gesto de la mano.

Un poco de trabajo extra no la iba a matar. Total, Ángela acababa de llegar y todavía tenía mucho que aprender, era de buena compañera ayudar. Solo sería un día, luego comenzaría con su formación y su puesto de contabilidad y solo se dedicaría a eso.

Qué equivocada estaba.

Llegó a casa empapada y exhausta. Parecía mentira que solo hubiera transcurrido una jornada laboral, sentía como si hubiera sobrevivido a un holocausto *zombie*.

Para rematar un día que ya empezó siendo malo, uno de esos días en que lo que lo único que te apetece es quedarte en tu cama y meter la cabeza bajo el edredón, se puso a llover justo antes de salir de la oficina. En principio no le importó mucho, le gustaba caminar bajo un cielo gris, amparada por el paraguas, pero al ir a cogerlo del paragüero se dio cuenta de que estaba inservible.

Así comenzó su vuelta accidentada a casa, pero el destino le tenía previsto aún otra jugada: se cayó en un charco. Después de que se levantara aún tuvo otros quince minutos de camino hasta su casa. Su ropa ya no admitía más agua y el camino que habitualmente recorría con tranquilidad y sosiego se le hizo un infierno eterno.

Por fin en la puerta de su casa comprobó al abrir que tenía echadas tres vueltas de llave. Eso era señal inequívoca de que se encontraba sola en el piso. Suspiró mientras dejaba el llavero en el cuenco destinado a ello en la pequeña entrada, una parte del salón en realidad. Su compañera, Berta, no estaba. Dio gracias en silencio por los pequeños favores.

Pasó directa a la ducha, donde por fin entró en calor. Esta vez agradeció el agua sobre su piel. No era lo mismo que te calara en la ropa, fría, que en la comodidad de tu propia ducha, tan caliente que al salir había niebla del vapor. Limpió el espejo con la mano y miró su reflejo distorsionado por las gotas de agua. Intentó sonreír, pero no le salió. Volvió a pasar la mano por el espejo, borrando su imagen con lo que le pareció una patética sonrisa. Ojalá pudiera borrar de su vida a ciertas personas tan fácilmente como pasando la mano por su reflejo.

Ya vestida con su pijama de estar por casa, de franela, y una toalla en la cabeza a modo de turbante, atacó la nevera. Cogió la última tarrina de helado que quedaba —siempre tenía helado en casa, daba igual que fuera julio que

diciembre— y se refugió en su cuarto. Se puso el DVD de Mujercitas, su película favorita, y lloró mientras se comía el helado de chocolate con pepitas de chocolate.

Despertó con un pequeño sobresalto. Le costó un segundo entender dónde estaba. Miró a su alrededor y descubrió el cuenco del helado tirado en la alfombra. Menos mal que estaba vacío, se lo había comido todo antes de dormirse. La pantalla de la televisión refulgía en azul chillón. Escuchó risas provenientes del salón, se dio cuenta de que eso era lo que la había despertado. Miró la hora: las 3:15 de la madrugada. Se levantó de un salto y cogió el pomo de la puerta. Berta ya estaba en casa y no había venido sola.

Salió al salón y allí la encontró, con un cigarro en la mano y una copa de algo que parecía ron en la otra. En la mesa de centro había una botella de, efectivamente, ron. Era de marca desconocida, ella misma lo había comprado en el súper para tenerla en casa para cuando venía su padre de visita. Observó que quedaba tan solo un culín en la botella. No era la primera vez que su compañera de piso le metía mano.

Junto a Berta, sentados en el sofá, la observaban tres personas más: dos chicos y una chica. Ellos casi calcados, lucían el flequillo largo a un lado de la cara y pretendían presumir de perilla pero sin éxito. Aún no tenían suficiente pelo. Ella era rubia con el pelo largo, delgada, como la misma Berta y parecía que los vaqueros rotos y la camiseta ajustada se los hubiese robado del armario. La miraban con los ojos vidriosos y una medio sonrisa en los labios. Cada uno de ellos llevaba un vaso en la mano. Y uno de los chicos también estaba fumando, pero no era un cigarrillo convencional. Y, Valentina olisqueó, tampoco era tabaco.

Concentró su mirada en Berta, que la observaba en silencio con el cigarrillo colgando de sus labios.

—Me has despertado, Berta. ¿Sabes qué hora es? —le espetó, sin saludar siquiera.

Berta se encogió de hombros.

—Psss... Se me ha debido parar el reloj —Alzó su mano izquierda, mostrando la muñeca vacía—. ¡Uy! ¡Si no llevo! —Estalló en carcajadas provocando la risa también en sus amigos.

Valentina infló los carrillos, resopló, y le cogió el cigarrillo a Berta antes de que se lo pudiera llevar de nuevo a la boca. Lo apagó en el vaso de su

compañera de piso mientras esta la miraba con la boca abierta.

—¿Qué haces, loca? —dijo cuando consiguió vencer la sorpresa.

Valentina la ignoró y, volviéndose hacia los tres que estaban en el sofá, les quitó la bebida e intentó la misma operación con el supuesto cigarro, pero el chaval fue más rápido y la esquivó.

—¡Eh, tía! ¿De qué vas? —le dijo el chico arrastrando las vocales.

—¿De qué voy? ¿Que de qué voy? —Valentina parecía a punto de explotar — ¡Fuera de mi casa ahora mismo!

—Eh, Berta —.la chica rubia, hasta ahora muda, se volvió hacia Berta, ignorando a Valentina—. Creía que esta era también tu casa.

—Esto... Y lo es...

—¡De eso nada! Esta casa es mía, la pago yo y tú estás aquí como favor a tus padres. Pero esto ya no lo aguanto. O se van tus amigos ahora mismo o te vas tú con ellos y no vuelves más.

—Val, tía, no seas así, solo estábamos celebrando una fiestecilla. Hoy acabábamos los exámenes.

—Pues vete a otro sitio a celebrar. Y de paso te pagas tu propio ron, que este es mío.

—Pfff, vaya tacañona...

Valentina asesinó con la mirada al chico que había hablado, el que no fumaba, que se levantó del sofá con las manos en alto y se desplazó despacio hacia la puerta.

— Vale, tía, ya me voy, pero no me mires así... Joder con la vieja...

—¡Vieja tu puta madre!

Berta miró a su compañera con los ojos ocupándole media cara. Era la primera vez que oía una palabrota de su boca. Y, ya puestos, la primera vez que le reventaba una fiesta. Se volvió hacia sus amigos.

—Está bien, chicos. Os podéis marchar. Ya seguiremos otro día.

—¿Estarás bien, guapa? —le dijo la chica mientras le daba un beso.

—Sí, corazón. Tú tranqui, mañana hablamos.

—Oka.

—Chao.

—Chao.

Una vez a solas Berta y Valentina se midieron con la mirada. Berta era una chica muy delgada, con el pelo moreno que llevaba siempre corto en un

peinado muy desenfadado. Casi era como si no se peinara nunca. El caso es que le quedaba siempre bien, enmarcaba su cara de duendecillo de manera muy graciosa. Los ojos, grandes, no se despegaban de los de Valentina, redondos y verdes. Parecían la noche y el día, la una etérea como un hada de cuento, Valentina pragmática hasta en cómo se presentaba al mundo, sin esconder ni un solo gramo de sus kilos de más, aunque tampoco presumiendo de ellos.

—¿Qué demonios te pasa? —le increpó Berta.

—¿A mí? Nada. Que me gustaría dormir tranquila sin que me despertaran cuatro niñatos que se creen el centro del universo.

—Yo flipo contigo, tía. Nunca jamás me has puesto pegas y, ahora, te encuentro convertida en Gozilla...

Valentina, que estaba recogiendo los vasos, los dejó con un golpe encima de la mesa, sin preocuparse del líquido que escapó de ellos, y se acercó a Berta. Tanto, que casi tocaban nariz con nariz.

—¿Cómo me has llamado? —le susurró.

—Yo... no quería... solo quería decir... Me has entendido mal...

—Que sea la última vez que traes a gente a casa. Y que te bebas o te comes mis cosas. A ver si aprendes de una vez que esta casa es mía y, si no respetas las reglas, ya puedes buscarte otra cosa.

—No te atreverás a echarme... —Berta no pudo evitar un pequeño temblor en la voz.

—Ponme a prueba. —Echó un vistazo a la mesa, con los vasos y la botella encima—. Recoge esto. Yo me voy a dormir.

Y, sin darle oportunidad de réplica, se volvió a su habitación.

Temblaba cuando cerró la puerta. Se tuvo que apoyar en ella un instante antes de poder moverse de nuevo. Observó el cuenco en la alfombra y no pudo evitar recogerlo, pero no quería volver a salir para dejarlo en la cocina. Lo colocó con cuidado sobre la mesita de noche. Se sentó en la cama y se abrazó las rodillas. Por más que buscaba, no sabía de dónde había sacado la energía y las fuerzas para enfrentarse a Berta y a sus amigos.

Su compañera de piso no era su amiga ni mucho menos. Siempre había hecho lo que le había dado la gana pero no era cierto que Valentina no le hubiera recriminado nunca nada. Era más probable que no se hubiera enterado de este tipo de fiestas por haber estado durmiendo. Y por más que Valentina le

recordaba las normas, a Berta le daba igual. Se sabía con impunidad.

Porque Berta estaba allí gracias a sus padres, a los suyos y a los de Valentina, pero sobre todo gracias a los de Valentina. Ambas procedían del mismo pueblecito de Ávila, una pedanía de apenas 300 habitantes, y sus familias se conocían de toda la vida. Aunque no eran de la misma edad se habían criado prácticamente juntas. Valentina tenía siete años más que Berta, por eso se trasladó antes a Madrid, estudió su carrera de económicas y ADE y, cuando terminó, encontró trabajo en la oficina donde aún estaba. Era una oficina pequeña, pero era tan solo parte de una empresa multinacional. Una vez firmó el contrato fijo aprovechó una buena oferta y compró, ella sola, el pequeño piso donde vivía.

Sin embargo, sus padres tuvieron que avalarla lo que, Valentina ignoraba el motivo, en pensamiento de sus progenitores les daba derecho sobre el piso. Y así se lo hacían saber constantemente. Eran pequeños goteos a los que generalmente no les daba importancia, pero que de vez en cuando la molestaban profundamente.

El incidente de la lámpara, por ejemplo, ocurrió unos meses después de que Valentina comprara el piso. Lo estaba decorando con mucha ilusión, y hacía muchas visitas a Ikea. El gigante sueco era un vicio para ella y, en una de sus muchas visitas al almacén, se enamoró de una lámpara de pie de nombre impronunciable. Era alta, con la tulipa en rojo con adornos negros.

Cuando llegó a casa la colocó con mucho mimo cerca del sofá, también de Ikea, donde le gustaba sentarse a leer. Esto fue antes de Berta, por supuesto, cuando aún se sentía cómoda en todas las estancias de su casa.

El siguiente fin de semana sus padres le hicieron una visita sorpresa. Llegaban sin avisar, siempre a unas horas demasiado tempranas, y abrían la puerta con su juego de llaves. Valentina dormía cuando de pronto le despertó una mano fría sacudiendo su hombro.

Gritó, sin poder contenerse, y aún le latía el corazón a galope en el pecho cuando reconoció a su madre. Miró la hora: las diez de la mañana.

—¿Desde cuándo lleváis aquí?

—Bonita manera de saludar a tu madre. Ni un buenos días, ni un hola, ni siquiera un beso.

—Mamá, me has asustado. Creía que era un ladrón.

—¿Y quién va a querer robar aquí? —Su madre extendió la mano en un gesto que pretendía abarcar toda la casa—. Esto es un cuchitril. No tienes más que trastos.

Valentina se levantó de la cama, incapaz de discutir con su madre. Se fue a la cocina para prepararse el desayuno, necesitaba cafeína para soportar mejor a sus padres, y al pasar por el salón se detuvo en seco.

—Mamá —llamó, con la voz serena.

Su madre, que iba detrás de ella, no contestó.

—Mamá. —Valentina imprimió un tono inquisitivo esta vez.

—¿Sí, Valen?

—¿Dónde está mi lámpara, mamá? —Consiguió hacer la pregunta de forma tranquila, sin alterarse.

—¿Qué lámpara? ¿El trasto ese horroroso que tenías al lado del sofá? Lo he tirado.

—¡Mamá! ¿¡Por qué!?

—Era feísimo, de mala calidad y no te pegaban con las cortinas.

—¿Qué cortinas, mamá, si voy a poner estores? ¡Era nueva!

—¡Qué estores ni que estoras! Tú vas a poner las cortinas que te hizo la abuela Aniceta con sus propias manos. —Su madre se echó las manos a la cabeza y se puso a pasear por el comedor—. ¡Ciega se quedó tejiendo tus cortinas! Para que ahora vengas con modernidades y despreciando los regalos de tu familia.

—¡Mamá! La casa es mía y la decoro como quiero.

—Deja ya de llorar como una niña y no se te ocurra levantarme la voz. ¡A tu madre! Quince horas estuve pariendo para que ahora vengas con esos humos. ¡Aniceto! ¡Aniceto! ¡Vámonos! Que tu hija es una desagradecida.

—Mam...

—¡Ay! ¡Ay! ¡Aniceto! —Su madre se llevó la mano al pecho mientras que con la otra buscaba algo detrás de ella— ¡Aniceto que me da! ¡Me va a matar a disgustos!

Su padre llegó raudo a su lado y la sentó en el sofá.

—Sagrario, calma, que no es nada. La chiquilla quiere poner estores, pues que los ponga.

—¡No, no y no! Hay que hacer las cosas como dios manda y si no, no se hacen. No le firmamos esos papeles para que tenga nuestro piso hecho un desastre.

—¡Mamá, es mío, no nuestro!

—¡Ay! ¡Ay que me da! ¡Aniceto, mi bolso!

Su padre pasó a su lado bajando la mirada. Jamás se enfrentaría a su mujer. No lo había hecho nunca, no iba a empezar ahora. Y la ilusión de

libertad que tenía Valentina se diluyó con el agua del Carmen que su madre necesitó para reponerse.

Después del incidente de la lámpara las cosas se calmaron un poco. Valentina estuvo tentada de cambiar la cerradura, pero no quería otro altercado con su madre. Por no discutir con ella al final puso las cortinas que había tejido a mano su abuela Aniceta y todo lo que a su madre le pareció bien.

Vivía en su casa con una decoración que no le gustaba, pero tampoco tenía ante quien avergonzarse. Empezaba a profundizar su relación con Rebeca, estaban en ese momento en que el compañerismo se transformaba en amistad, pero la entendía tanto que nunca la hizo sentir incómoda.

Soportaba las visitas de control de sus padres, al principio casi todos los fines de semana, luego más espaciados en el tiempo, y seguía con su vida cotidiana. Le gustaba la soledad de su casa, y estaba pensando en adoptar a un gato.

Pero antes, claro, lo consultaría con su madre, no fuera a ser que lo tirara a la basura en una de sus visitas.

—¿Un gato? Imposible —le dijo su madre cuando se lo comentó de pasada.

—Imposible por qué, mamá.

—Bertita es alérgica.

—¿Berta? ¿La hija de los vecinos? ¿Y qué pinta ella en esto? — El asombro de Valentina se asomaba por sus pestañas.

—¿No te lo he dicho? Berta ha aprobado la selectividad esa. Se viene a Madrid a estudiar.

—Oh, no, mamá. —Negaba en vano lo que se le venía encima. Nunca había soportado a Berta. Era una niña cruel que siempre se salía con la suya.

—¿No qué, cielo?

—No va a venir aquí.

—¡Claro que sí! Ya está todo hablado. En septiembre, cuando empieza el curso, se vendrá a vivir contigo. Así no estarás tan sola.

—¡No, mamá! ¡Me gusta vivir sola! Dile que se busque otra cosa, aquí no va a venir.

—Si hace un momento llorabas por tener un gato que te hiciera compañía. No se va a buscar otra cosa, se viene aquí y punto. Con todo lo que han hecho Marcial y Berta madre por ti.

—No han hecho nada por mí, mamá. Han criado a un demonio que me

hacía la vida imposible.

—Que no hay más discusión, Valen. Berta vendrá en septiembre. Espero que le dejes la habitación de invitados bonita. —Sagrario pareció meditar un momento—. Mejor ya me vengo yo unos días en agosto y la acondicionamos.

Con la batalla perdida, Valentina suspiró.

—¿Cuánto me va a dar de alquiler?

Su madre la miró como si le hubiera crecido un cuerno en mitad de la frente.

—¿Qué alquiler ni qué ocho cuartos? ¿No pensarás cobrarles a unos amigos de toda la vida? ¡Con lo que han hecho por ti! Las veces que te habrán llevado a la feria cuando eras una mocosa...

De eso hacía ya dos años. Dos insufribles años. Berta era igual de cruel que cuando eran pequeñas. Y ella, por desgracia, tampoco había cambiado mucho. Tenía algunos accesos de genio de vez en cuando, le ponía unos límites bastante claros, pero eran demasiado anchos. Berta hacía lo que le daba la gana y, cuando se pasaba de los límites y Valentina explotaba, bajaba las orejas y acataba. Pero enseguida llamaba a sus padres, llorando y contando una versión ligeramente distinta de la realidad. Inmediatamente sus padres avisaban a los de Valentina y estos a Valentina misma. Por no aguantarlos, poco a poco los límites fueron creciendo y Berta se fue haciendo fuerte, hasta llegar a comportarse como si la casa fuera suya y la verdadera dueña fuera la inquilina indeseada.

A pesar de no haber dormido mucho, y de la discusión que tuvo en mitad de la noche, Valentina se levantó temprano y de buen humor. Le vino bien desahogarse con Berta y sus amigos, le dejó el cuerpo mejor que un buen berrinche con Mujercitas y una tarrina de helado.

También tenía que ver que era viernes, su día favorito de la semana. El viernes significaba que trabajaba media jornada en la oficina, porque cerraban a las 2, y hasta el lunes a las 9 de la mañana no volvería a verle la cara a Ángela. Dos días y medio de libertad. De libertad absoluta, porque Berta se iba al pueblo todos los fines de semana del año. Sus padres le echaban en cara que ella no hiciera lo mismo, pero los mantenía engañados, diciéndoles que hacía horas extras o que se llevaba el trabajo a casa.

Tendría el fin de semana la casa para ella sola. Felicidad absoluta.

Se duchó, canturreando, y se preparó el café. Se sentó en la mesa de la cocina, como llamaban a un saliente de encimera al que habían arrimado un taburete, y colocó el café, sus cuatro magdalenas, el libro que se estaba leyendo, y el teléfono inalámbrico.

Había algo que tenía más que asumido y era la bronca de su madre cada vez que discutía con Berta. Al principio se extrañaba, no le cuadraban los horarios. ¿A qué hora llamaba Berta a sus padres para que a primerísima hora de la mañana su madre la telefonara a ella? Probablemente según discutieran, en caliente.

El teléfono sonó. Valentina sonrió, felicitándose a sí misma por haber acertado de nuevo, y lo dejó sonar un rato. Lo tenía con el volumen al máximo, para molestar lo más posible. Después del tiempo que consideró oportuno, el justo para que a su madre no le diera un ataque, contestó.

—Buenos días, mamá.

—¿Cómo sabías que era yo? —La voz de su madre sonaba acelerada— ¿Y si es un desconocido? ¿Y si es un acosador?

—¿Quién me va a llamar a estas horas, mamá? Los acosadores solo llaman por la noche, todo el mundo lo sabe.

—¡No te rías de mí, Valentina!

—No me río de ti, mamá. —Valentina hizo acopio de toda la paciencia de la que fue capaz—. ¿Qué tal estás? ¿Os ha pasado algo a ti o a papá?

—¿Y por qué nos tendría que pasar algo? No somos tan mayores. Estamos en la segunda juventud y perfectamente de salud. —Eso no era estrictamente cierto, pero Valentina lo pasó por alto.

—Vale, mamá. ¿Y por qué me llamas tan temprano?

—¿Temprano? ¡Temprano, dice! Llevo ya tres horas levantada y ya tengo las tareas de casa hechas. Seguro que tú no has hecho ni tu cama. Tu padre hace cuatro horas que fue al huerto y a apañar las tres vacas que nos quedan. Temprano, dice. Ya ha pasado la mitad del día.

—¿Y qué haces el resto del día, mamá? Se te debe hacer eterno...

—¡No me líes, jovencita, que nos conocemos! —Su madre levantó la voz — ¡Sabes perfectamente por qué te llamo! ¿Por qué no dejas a la pobre Berta tranquila? ¿No puede llevar a un par de amigos a casa? Su madre dice que le estás recordando continuamente que la casa es tuya. ¡Yo no crié a ninguna egoísta, Valentina! Eso lo has tenido que aprender en la capital. No hay nada bueno allí, de verdad que no sé por qué no te vuelves. Aquí está la gestoría del tío Julián, seguro que tiene un puesto para ti, para coger los teléfonos y dar citas, y todo lo que haces en esa empresa...

Valentina se despegó un poco el teléfono de la oreja. Tomó un sorbo de café, le dio un bocado a la primera de sus magdalenas y estuvo tentada de abrir su libro. Pero la voz de su madre desde el auricular la disuadió.

—¿Valentina? ¡Valentina! ¿Me estás escuchando?

—Sí, mamá, pero tengo que desayunar. Y, para tu información, Berta no puede traer amigos a casa cuando son las tres de la mañana y vienen todos borrachos y gritando.

—Anda, exagerada. Seguro que no estaban borrachos, si Berta es una niña ejemplar. Saca todo sobresaliente y no ha dado ni un solo disgusto a su madre. No como tú, que me tienes todos los días con el corazón en un puño.

—Mamá, no es oro todo lo que reluce. Y, sí, vinieron borrachos y armando escándalo. Y, aunque no queráis entenderlo, esta es mi casa y ella está viviendo aquí gratis. Lo mínimo que podía hacer es respetar un poco las horas de sueño.

—¿Ya estamos con la posesión? ¿No te he enseñado nada? ¡Ay, que disgustos me das! No tendrías casa si tu padre y yo no te hubiéramos firmado esos papelotes en el banco. Pero da las gracias a tu padre, si hubiera sido por

mí no te habría firmado nada. Tu sitio está aquí, cuidando de tus padres, y no en esa capital del pecado.

—Sí, mamá. Lo que tú digas.

—¡No me des la razón como a los tontos!

—Mamá, llego tarde a trabajar. Te quiero. Un beso.

Valentina colgó, sin ni siquiera darle a su madre la oportunidad de intervenir. Era mentira que llegaba tarde, pero había agotado su paciencia y no quería arruinar su buen humor. No era muy frecuente que se levantara tan contenta y no pensaba dejar a su madre que le estropeará el día.

Salió de casa procurando dar un portazo y dispuesta a que nadie le amargara el día. Y por nadie se refería a Ángela. No era fácil no enfadarse si pensaba en ella, aun recordaba su sonrisa el día anterior mientras el coche se acercaba a ella para empaparla. También recordaba el fajo de documentación que tenía en su mesa, que la mayoría se lo había pasado ella, y no era su trabajo. Pero, claro, si Ángela tenía que darle salida a todos esos documentos, primero, no le daría tiempo a limarse las uñas y, segundo, se le quemaría la neurona, y la necesitaba para teñirse y maquillarse. Valentina no pudo evitar sonreír ante ese pensamiento. Se imaginaba la cabeza rubia de Ángela —se negaba a llamarla Angie— echando humo.

Llegó de las primeras a la oficina y, enseguida, se puso a trabajar. Aparte de sus asientos contables, dio también salida a todo lo que le había endilgado Ángela. En realidad no le importaba hacer el trabajo, lo que le molestaba era que ella lo hacía y Ángela se llevaba el mérito. Y todo por culpa del jefe, que se lo consentía, claro está.

Valentina miró de reojo a la pecera, la oficina acristalada donde el responsable, un hombre que rondaba los cincuenta y se negaba a admitir que estaba calvo, hablaba por teléfono haciendo aspavientos con las manos. Esto no hacía suponer nada bueno, pero Valentina sabía que si no sacaba su nariz del ordenador no le salpicaría. Pensaba en cómo lo tenía Ángela comiendo de su mano, cómo se pavoneaba por la oficina con sus minifaldas y sus tacones, como si fuera la jefa. Y es que a veces lo parecía, pues siempre se salía con la suya. Cuando algo no le cuadraba, llamaba suavemente a la puerta del despacho y pedía audiencia poniendo morritos. El jefe siempre tenía un hueco para ella. Le lloraba un poquito, le inclinaba el escote para darle una buena panorámica y al momento ya tenía lo que quería, ya fueran las vacaciones

imposibles que nadie más conseguía, un día libre, supuestamente para ir al médico, pero sin justificante posterior, o, sospechaba Valentina, un aumento de sueldo.

Valentina estuvo tentada de probar la misma táctica, pero se dio cuenta a tiempo de que el jefe no la miraba igual a ella que a su contrincante. Además, sus lágrimas solían ser de verdad, y lloraba con muy poco *glamour*. Los mocos chorreaban desde la nariz hasta la boca y no conseguía expresarse como quería, los hipidos se lo impedían. De modo que prefirió no meterse en guerra con Ángela, entregar todos los informes y tramitar la documentación, además de los asientos contables, perseguir a todos en busca de los tíquets perdidos y vivir su vida tranquila.

Fue en la pausa para el café que cuando se dio cuenta de que Ángela no estaba. Rosa, otra compañera de administración, le dijo que estaba enferma.

—Vaya por dios, otro viernes que está enferma —susurró Valentina.

—¿Qué decías? —inquirió Rosa, siempre dispuesta al chismorreo, daba igual con quién.

—No, nada, hablaba sola. —Rosa la miró como si estuviera loca, a lo que Valentina respondió quitándole importancia con un gesto de las manos—. Cosas de contables, ya sabes.

Cuando llegaron las dos de la tarde traspasó la puerta con una gran sonrisa. Su viernes no habría podido ser mejor: había colgado a su madre cuando hablaron por teléfono, Ángela no estuvo en la oficina en todo el día y, como broche de oro, había quedado a comer con Rebeca, su mejor amiga. En realidad, su única amiga.

Había sido genial trabajar con Rebeca. Congeniaron enseguida y traspasaron muy pronto la barrera que las hacía solo compañeras y las convertía en amigas del alma. Era la única persona con la que se sentía bien en la oficina, y eso ya antes de que apareciera Ángela.

Por desgracia, tan solo un año después de que a Valentina la ascendieran y apareciera Ángela, Rebeca renunció a su puesto.

Había ahorrado y decidido hacer realidad su sueño: abrir una pastelería, pero no de las tradicionales. Quería una cafetería-pastelería donde se sirvieran *cupcakes* coloridos, tartas fantasía y donde pudieras sentarte a tomar un café o un chocolate con un bollo, rodeada de colores que te pusieran de buen humor. El negocio acababa de arrancar, no sin problemas, pero se mantenía a flote e, incluso, parecía remontar tímidamente.

Ese viernes había dejado a su pareja, Sonia, a cargo del negocio. Al fin y al cabo eran socias, aunque no al 50%. Rebeca era cauta y la mayor parte del dinero lo había puesto ella, así que frente al notario hicieron el cálculo y quedó un 70/30. Sonia estuvo de acuerdo en todo momento, sabía perfectamente que antes de conocerla a ella, a Rebeca le habían roto el corazón y vaciado las cuentas, de modo que se hacía cargo.

Habían quedado para comer en un restaurante de aspecto anodino, pero que tenía mucha fama. Se comía bien y por poco dinero. Valentina seguía con el buen humor desde la mañana. Sonrió aún más al encontrar a su amiga ya sentada en la mesa.

Rebeca le correspondió a la sonrisa y se levantó para saludarla.

—¡Mi chica! —Le besó ambas mejillas— ¿Cómo te va la vida? Hace mucho que no nos vemos...

—Sí, desde la semana pasada. Una eternidad. —Valentina bromeó mientras colgaba el bolso en la silla y se sentaba.

—¿Novedades? —inquirió Rebeca— ¿Te has desecho ya de la plasta de Berta? ¿Y qué pasa con Angie? —Puso un tono afectado para nombrarla— ¿Me sigue echando de menos?

—Eres mala, ¿eh? —Rebeca se encogió de hombros, sonriendo inocentemente— Ninguna novedad. Berta sigue chupándome hasta la sangre y Angie sigue creyéndose la reina del mundo.

—¿Y chicos? —Le guiñó un ojo, cómplice.

— Pffff —Resopló Valentina, poniendo los ojos en blanco—. ¿Quién se iba a fijar en mí? Dios me dio cerebro, pero no un cuerpo bonito —sonrió, pero solo con la boca—. Y tampoco sé utilizar el cerebro para que se fijen en mí, debe ser cierto que los chicos las prefieren tontas...

—¡Anda! Mira que te lo tengo dicho: eres muy guapa. Y a mí me deberías hacer caso, que entiendo de esto... —le guiñó un ojo, esta vez pícara.

Valentina sonrió, azorada. Cuando Rebeca se le insinuaba así le ponía incómoda. Pero no porque Rebeca fuera lesbiana y ella no, eso la verdad es que la traía sin cuidado. El problema es que no veía lo que veía su amiga. Ella era muy consciente de la imagen que le revelaba su espejo, casi tanto como que tenía un coeficiente intelectual por encima de la media, pero en un mundo que se regía por lo físico, eso no tenía nada de importancia.

Un camarero les tomó nota y les sirvió la comida. Los minutos se diluyeron en horas mientras se ponían al día y se contaban sus vidas. Arreglaban el mundo y compartían recetas. Una reunión de chicas da para mucho más que para hablar de peinados o de bolsos, pero también hablaron de peinados y bolsos.

—¡Casi se me olvida! —Rebeca removi6 su café, ya habían pasado mucho rato, toda la comida de hecho, riéndose y hablando de tonterías—. El otro día me encontré con Carlos.

Valentina frunció el ceño, deteniendo la mano que agitaba sus dos azucarillos.

—¡Sí, Carlos! —Insistió Rebeca— Te tienes que acordar. Estuvo en nuestra oficina un tiempo y luego le cambiaron a la central.

—¡Ah! Ese Carlos. ¿Ascendió, no? ¿No le pusieron de jefe de sección de importación?

—Sí, y por lo visto le va genial —Dio un sorbo a su café—. Ya me comentaron hace tiempo que su equipo funciona muy bien, la gente está muy a gusto a su lado y eso se nota.

—Igualito que aquí...

Rebeca sonrió.

—Mala... Pero dice que vais a sufrir cambios.

Valentina dejó su café en la mesa, aún sin haberle dado un trago.

—¿Cambios? No fastidies... No me gustan los cambios. —Se sentó recta en la silla— ¿Pero te ha dicho algo concreto?

—No. —Acompañó el gesto con un movimiento de la cabeza—. Tampoco él lo sabía, o quizás imaginó que te lo contaría. Me preguntó por ti, por cierto...

—Sí, ya. Me odiaba. Cada vez que yo llegaba a la sala del café él salía.

—Eso era porque le gustabas.

Valentina rio echando la cabeza hacia atrás.

—¡Sí, claro! Estaba loquito por su Angie, como todos. No sé qué le ven a la bicho palo esa... De verdad...

—Son las tetas.

—Operadas. No, operadas no, operadísimas.

—Eso a los tíos les da igual.

—Y a las lesbianas.

Ambas se miraron un instante, serias. Cualquier observador de la calle podría pensar que una de las dos había ofendido a la contraria. Hasta que, casi a la vez, prorrumpieron en carcajadas.

—Sí, es verdad —afirmó Rebeca—. A las lesbianas nos da igual que las tetas sean operadas. Pero aquí estoy contigo, no sé qué le ven a Angie aparte de todo lo que enseña.

—Te sigue odiando. Lo noto cuando me mira y, a veces, mira donde estaba tu puesto de trabajo —Valentina sonrió abiertamente.

—Yo creo que lo que de verdad le molestaba es que, siendo lesbiana, no la mirara con deseo. Y, lo peor de todo, que te prefiriera a ti antes que a ella.

—¡Ufff! Eso para ella es una ofensa muy grande. ¡Si soy lo peor en su mundo!

Rebeca se puso seria un momento y afirmó con la cabeza.

—Lo triste es que te tiene que pisotear para sentirse ella grande. Pero porque sabe que vales mucho más de lo que tú misma piensas, Val. El día que te des cuenta, te comerás el mundo.

Valentina se hundió en el asiento.

—Eso lo dudo. El mundo ya me ha comido a mí.

—¿Me contarás las novedades?

—Sabes que sí. Como siempre.

—A veces lo echo de menos.

—Pero luego reaccionas y te das cuenta de que eres tu propia jefa, que trabajas con una persona excelente, con la que además compartes vida...

—Y cama —interrumpió Rebeca con una sonrisa picarona.

—Y cama —continuó Valentina—. Y que, además, vendes unos bollos que están riquísimos. ¿Vamos a por uno? Quiero saludar a Sonia.

—¡Claro! Me dijo que dormía en el sofá si no te llevaba a verla. Y, por cierto, hoy cenas con nosotras, que nos vamos a ir de fiesta.

Pagaron la comida y salieron del local, derramando sus risas por las aceras de la ciudad.

El lunes se levantó tarde. Miró el reloj y la urgencia le recorrió el cuerpo. Saltó de la cama, se vistió en cinco segundos, apenas se peinó y salió a la carrera para la oficina sin desayunar. El domingo lo había pasado entero en casa, secuestrada por el sofá sufriendo las consecuencias de la fiesta del sábado, que se había prolongado desde el viernes. Se recordó a sí misma que no volvería a quedar con Rebeca, cosa que, por supuesto, no cumpliría.

Al llegar notó un ambiente extraño en la oficina. No era solo esa sensación rara que se suele tener al salirse de la rutina, sino una atmósfera diferente. Sus compañeros tenían una actitud extraña, comenzando por el hecho de que nadie, ni siquiera Ángela, se percató de su impuntualidad. Todos estaban tensos en sus puestos, mirando a la puerta de la pecera, como esperando algo.

Valentina dejó las cosas en su sitio de trabajo, encendió el ordenador y, con la sensación de estar haciendo algo malo, se acercó a la zona de cocina. Era un simple mueble con una cafetera, un microondas y varios paquetes de galletas, pero todos lo llamaban la cocina y tenían libertad de visitarla más allá de sus quince minutos de pausa. Si alguno necesitaba un café con urgencia o una galleta o, simplemente, estirar las piernas, podía levantarse tranquilamente, prepararse un café y volver a su sitio. Aprovechó para tomarse el café que no se había permitido en casa y, de paso, sacó unas magdalenas de las que le había dado Rebeca el viernes. Eran con pepitas de chocolate, sus favoritas.

Estaba a punto de llevarse la primera magdalena a la boca cuando se abrió la puerta de la pecera y de ella salió un chico joven, quizá un par de años mayor que ella, con el pelo castaño, ligeramente largo con ondas que le daban movimiento cuando andaba. De complexión atlética, Valentina imaginó unos abdominales perfectos bajo la camisa y la corbata, unos brazos fuertes, unas piernas musculosas. Se perdió en el azul de sus ojos y se le cayó el bizcocho al suelo. No podía ser.

Él joven se acercó a donde estaba ella, con paso firme, casi como si quisiera atravesarla. Se agachó frente a Valentina, recogió la magdalena, la

tiró a la basura y se quedó plantado a un palmo de su cara, sonriendo. Tardó un par de segundos en darse cuenta de que seguía con la boca abierta y, lo que era peor, que el chico la estaba hablando.

—Perdona, ¿me permites? —Hizo un gesto hacia la máquina de café que, ahora se daba cuenta, Valentina estaba tapando.

—Sí, perdona. —Se retiró, azorada. Tenía la esperanza de que el calor que notaba en la cara no se hubiera reflejado en su piel.

—No pasa nada. Soy Efrén. Tú debes ser la contable. —Le tendió la mano, que Valentina dudó en estrechar.

No podía ser verdad. No podía ser aquel chico que le curó una herida en la frente cuando se chocó con él. Efrén... Había olvidado su nombre, pero no a él. Cómo olvidarle, con lo guapo que era. Aunque él no parecía reconocerla. Seguro que no se acordaba, ¿cómo hacerlo? Había pasado mucho tiempo desde su entrevista en la central y tan solo se habían visto un momento.

—¿Estás bien?

Efrén la miraba con atención, como buscando algo en sus ojos. Seguro que pensaba que le faltaba un hervor, porque no había conseguido cerrar la boca y hacer algo más que balbucear. Le ofreció una magdalena, directamente de la bolsa, que Efrén recibió con el ceño fruncido.

—¿Gracias? —Efrén cogió una y sonrió de medio lado.

—Ehhhh... Encantada —balbuceó Valentina y volvió corriendo a su silla para enterrar su vergüenza en la pantalla del ordenador.

Sintió todas las miradas de la oficina recaer en su espalda, especialmente la de Ángela, como pudo comprobar con una ojeada de soslayo. Contuvo las ganas de darse de cabezazos contra el teclado, por haberse presentado como una completa inútil social ante el chico más guapo que había conocido jamás, y en lugar de ello encendió el ordenador e intentó enfrascarse en su programa de asientos contables.

No aguantó mucho la tensión que le provocaba el silencio de la oficina. Al cabo de unos minutos dejó de mirar la pantalla, donde estaba poniendo y borrando el mismo número en la misma casilla, y se giró un poco en la silla para tener una vista de la cocina.

Vio a Efrén apoyado en el mueble, con la mirada fija en algún punto del techo y el café ya vacío en la mano. En ese momento, cuando Valentina ya se iba a girar para volver a meter y borrar el mismo número en la celda correspondiente, Efrén dejó el café, tamborileó con los dedos en la encimera y suspiró. Luego avanzó por la oficina hasta llegar a la puerta de la pecera,

donde llamó, pero no entró. A los cinco segundos salió el jefe, recomponiendo su corbata. Ambos se posicionaron en el centro de la oficina y Efrén habló:

—Atención, por favor.

Esperó unos segundos de rigor, pero no le hizo falta. Todo el mundo en la oficina había estado atento a los movimientos de Efrén y ahora esperaban, expectantes, a ver qué les contaba.

—Hola a todos. Algunos ya me conocéis —miró a Valentina, que notó cómo le subían los colores—, pero para los que no, me llamo Efrén. Llevo trabajando cinco años en esta empresa. He pasado por muchos puestos, pero ahora vengo directamente de la central de Madrid. Y, a partir de ahora, seré vuestro responsable de oficina.

Se escuchó un murmullo ahogado y todos se miraron entre sí, como buscando apoyo moral. Valentina no. Valentina se quedó mirando a Efrén, que le devolvía la mirada, hasta que fue consciente de este hecho y siguió haciendo barrido por el resto de la oficina. Se topó con Ángela, que observaba al ahora antiguo jefe, disimulando para limpiarse una lágrima esquiva. «Se le ha acabado el chollo», pensó Valentina, «pero seguro que tarda poco en camelarse al nuevo. Le pega más». Pero en realidad esto último no lo pensaba. Es verdad que el jefe nuevo era más joven, y más guapo, pero no tenía pinta de ser el Kent al que estaba acostumbrada Ángela. No, realmente no le pegaba.

—...algunos cambios —Valentina se dio cuenta de que Efrén seguía hablando—. Hablaré con vosotros uno por uno para ir conociéndoos a todos y, como novedad inmediata, tendremos una reunión cada mañana para enfrentarnos a cada día con las herramientas adecuadas.

Efrén barrió con la mirada a todos los presentes, mordiéndose el labio inferior durante un momento. Abrió los brazos y los cerró enérgicamente dando una palmada.

—Y ahora al señor Peláez le gustaría deciros unas palabras.

Dio un paso atrás para dejar al jefe, ahora antiguo jefe, en mitad del local, con todos los ojos clavados en su persona. El señor Peláez sacó las manos de los bolsillos, gesticuló con ellas y volvió a meter una de ellas. La otra la dejó colgando, inerte, junto al cuerpo.

—Bueno, gente —comenzó, con la voz rasposa—, ha sido un placer haber trabajado con todos ustedes, pero ha llegado el momento de cambiar de etapa. Me han ofrecido un puesto que me supone un reto como persona, y como trabajador, y no me ha quedado otra opción que aceptarlo. La vida es un continuo cambio y esta empresa nos da la oportunidad de crecer. Espero que

les vaya muy bien en su nueva andadura, yo me llevo de ustedes el grato recuerdo de unos buenos profesionales. Gracias a todos.

Hubo unos segundos de silencio, rotos por los aplausos de Jesús, de ventas internas. A él le siguieron Rosa, Ángela e, incluso, Valentina cuando ya se convirtió en un aplauso general.

Tras el discurso ambos jefes —nuevo y antiguo— volvieron a entrar en la pecera, dejando al resto del personal en un silencio nada usual en esa oficina. Tardaron aún un par de minutos en reaccionar, pero una vez Jesús rompió el hielo, los demás comentarios llegaron en cascada.

—Joder.

—Vaya noticia.

—Que se va a por nuevos retos, dice. —Rosa cruzó los brazos sobre su pecho—. No sé a quién quiere engañar, a este se lo han quitado de en medio...

—Sí. —David, de administración, recogió el guante—. Pero la cuestión es qué habrá hecho para que se lo quiten del medio.

Se fueron moviendo poco a poco, como en una marea, y, sin saber por qué, Valentina los vio de repente arremolinados alrededor de su mesa. Todos hablando en voz baja, cotilleando, con un ojo en Valentina y otro en la pecera, por si les daba a los jefes por salir o por levantar la persiana que impedía la vista al interior.

Valentina levantó la vista de la pantalla, la cabeza hundida en los hombros como si fuera a recibir un golpe, pero al comprobar que Ángela no estaba con los demás de la oficina, se relajó. La buscó con la mirada y la descubrió en la cocina, junto a la máquina de café, de espaldas y haciendo movimientos sospechosos de la mano hacia su cara, como si se estuviera limpiando las lágrimas. Tuvo un momento de debilidad, en su candidez se apiadó de la tristeza de su enemiga. Pero su sentido común se impuso y con una sacudida de cabeza volvió a su ordenador, echando a Ángela de sus pensamientos.

—Valentina —interrumpió Rosa la algarabía en *sottovoce* que se había formado alrededor—. Tú has hablado con el jefe nuevo, ¿le conoces? ¿Te ha dicho algo? Venga, suelta, que tú sabes más de lo que dices.

Rosa, siempre entrometida. Acababa de descubrir por qué habían cerrado el círculo del cotilleo en torno a su mesa. Era la *Sálvame* de la oficina, aunque se llevaba bien con Ángela y eso suponía que la odiaba a ella, en realidad se vendía al mejor postor por un chisme jugoso.

—Yo no sé nada —murmuró Valentina—. Tan solo me ha dado los buenos días.

—¿No te ha dicho nada más? —David la miraba como no había mirado nunca a un sándwich de Rodilla. Y eso que le encantaban los sándwiches de Rodilla.

—Sé lo mismo que vosotros —Valentina se rascó la cabeza—. De hecho, ahora que lo pienso, sé menos aún que vosotros porque ni lo he visto entrar esta mañana.

—Claro, como has llegado tarde —apuntó Rosa.

—No te has perdido nada —Jesús ignoró el cambio de tono en la voz de Rosa—. Han llegado los dos juntos y se han encerrado en la oficina hasta que has llegado tú. Ni los buenos días han dado.

—Ajá.

Valentina no sabía cómo hacerles saber que esa información le importaba bien poco. Pero se salvó por el sonido de la puerta de la pecera al abrirse. Todos corrieron a sus sillas, para intentar disimular que trabajaban, sin suerte. Poco importó, pues ambos jefes, el nuevo y el depuesto, salieron serios, sin hablar y sin mirar alrededor hacia la calle.

Fue como dar la salida a una carrera de coches, todos se levantaron de nuevo de sus puestos y lo que antes susurraban ahora lo comentaban a gritos. Un cambio así suponía mucha incertidumbre, para todos. Solo que a Valentina no le apetecía hacer cábalas con nadie. No le gustaban los cambios pero tampoco se iba a comer la cabeza por algo en lo que no tenía control ninguno. Para evitar encerronas como la que le acababan de hacer salió de la oficina a solucionar unos papeles en el banco. No era algo urgente, de hecho no le gustaba salir los lunes, pero así se quitaba del medio y evitaba escuchar las mismas especulaciones absurdas.

Volvió poco antes de la hora de la salida, cuando ya todos estaban en sus puestos, y las charlas se habían agotado. En cuanto dio la hora en punto, se escabulló antes de que a Rosa se le ocurriera invitarla a tomar una copa para sonsacarle información.

De camino a su casa le puso un mensaje a Rebeca, incapaz de esperar para llamarla. Le advirtió que la llamaría en cuanto se pusiera cómoda en casa y que le cogiera el teléfono, que era urgente. Muy a menudo su amiga dejaba el móvil sonar y luego se olvidaba de devolver la llamada.

Según entró en su casa tiró el bolso a la percha, se cambió la ropa por algo más viejo y más cómodo, se quitó el sujetador y cuando estuvo bien

repanchingada en su sofá marcó el número de Rebeca.

Ya iba a colgar, desilusionada, cuando le cogió el teléfono. Había sonado al menos siete veces. Antes de que pudiera siquiera saludar escuchó de fondo el ruido de la pastelería. Parecía que era un buen día.

—¡Hola, cariño! —a continuación, más ahogado—: Es Val.

—¡Hola Rebeca! ¡Tenías razón! Nos han cambiado al jefe. —Y el nuevo parece un dios griego, quiso añadir, pero no se atrevió.

—¡Qué bien, cielo! Pero ahora no puedo hablar, está esto a tope. ¿Por qué no te pasas mañana?

Se oyó una voz ahogada al otro lado del teléfono. Alguien le decía algo a Rebeca.

—¡Uy! ¡Es verdad! Mañana no podemos que hay inspección. Te llamo en cuanto me deslíe. ¡Un beso!

Casi sin darle tiempo a decirle adiós, Rebeca ya había colgado. Estaba de un humor excelente, pero que derrocharía encerrada en casa y sin nadie a quien contárselo. Y mira que era raro, que a ella no le gustaban los cambios, pero este cambio incluía al chico guapo con el que chocó en las oficinas centrales y eso le daba puntos extras. ¿Se acordaría de ella? Qué bonito sería si la llamase a su despacho y la mirase como normalmente miraban a las chicas como Ángela, y le dijese que desde aquel día había luchado por pedir traslado a su oficina y que lo había hecho por ella y solo por ella. Se quedó adormilada pensando en los ojos azules de Efrén y en cómo sería una sonrisa que le dedicara solo a ella.

Despertó a las dos de la mañana, con hambre. Con tanto soñar se había quedado dormida y se había saltado la cena. Picoteó algo en la cocina y se fue a su habitación a dormir. En algún momento de la noche había debido de llegar Berta, porque la escuchó roncar de camino a su habitación. Ya podría haberla despertado.

Miró su cama, pero antes de meterse en ella y dejarse vencer por el sueño abrió su armario. Tendría que escoger bien la ropa para el día siguiente, quería dar buena impresión. Quería demostrar que era competente, y que, además, sabía sacar partido a sus curvas. Imposible con lo que tenía en el armario. Debería ir de compras para no parecer una fante.

Se prometió que el fin de semana iría a renovar su armario, casi por primera vez en su vida. Justo antes de caer dormida se juró y se perjuró que no tenía nada que ver con los ojos azules de Efrén. Solo quería parecer profesional, no impresionar al jefe.

Había intentado quedar con Rebeca, pero últimamente estaba muy ocupada con la pastelería. Valentina estaba dispuesta hasta para ir el domingo, pese a que era un día en que prefería no comprar. Su amiga no sacaba ni un minuto para hablar por teléfono, mucho menos para irse de tiendas. Prefería ir con ella, porque tenía muy buen gusto con la ropa, escogía muy bien formas y colores, casi como un don sobrenatural. Todo lo contrario que ella misma, que no tenía gusto alguno, no sabía combinar y, mucho menos, escoger ropa que le sentara bien. Sin embargo, en un acto de valentía, decidió ir a comprar ella sola.

Se fue el miércoles, después de trabajar. Si no iba a poder acompañarla Rebeca no tenía sentido esperar al fin de semana, que se llenaba de gente. Por supuesto no dijo nada en el trabajo, no quería imaginar qué clase de tortura le tendría Ángela preparada si se enteraba de que quería comprarse para gustar al nuevo jefe. Para parecer más profesional, se corrigió a sí misma. A la hora de la salida cogió el bolso y salió volando de la oficina. Como era algo habitual nadie notó nada extraño.

El autobús la dejó a escasos veinte metros de la puerta del Centro Comercial, que atajó con determinación. Cada paso una promesa de que su vida iba a mejorar si tomaba las riendas de ella. Un pequeño paso para Valentina, un gran paso para su autoestima. Sin embargo se desinfló en cuanto traspasó las puertas.

Se tuvo que tomar un momento para digerir tanta magnitud. No era asidua a los centros comerciales, no solía comprar ropa ni nada que no pudiera adquirirse en el supermercado del barrio. Los libros en la librería también del barrio y con eso tenía cubiertas todas sus necesidades.

Para ser miércoles por la tarde había mucha gente. Y eso que no era temporada alta. ¿Sería festivo y por eso estaba lleno? Ya no te podías fiar de los festivos, ahora se abrían todos los días del año. Miró hacia un lado y hacia otro: pasillo hacia ambos lados con tiendas con enormes escaparates. Y gente paseando entre medias. Mucha gente. A Valentina no le gustaban las personas en particular, pero cuando se juntaban muchas le costaba hasta respirar. Se dio

cuenta de que llevaba un rato parada en el mismo sitio, impidiendo el paso de algunas de esas personas, que empezaban a percatarse de su existencia, y se obligó a reaccionar. Un paso, dos, tres. Ya estaba en movimiento.

Siguió andando. Se sentía estúpida y no sería la última vez aquella tarde. Mientras caminaba volteaba la cabeza hacia ambos lados, en un barrido de mirada que le supuso un dolor en el cuello. Las tiendas eran todas llamativas y ofrecían sus productos de forma provocativa en los escaparates. Era una bacanal de productos, todos ellos mostrados de forma original y divertida. Zapatos, ropa infantil, bolsos, juguetes, más zapatos, gafas, móviles, juegos de ordenador. Cada tienda tenía un logo propio, con muchos colores o con uno solo. Aquí y allá entre las tiendas había salpicados locales de comida o bebida, para dar descanso a los compradores sedientos o hambrientos. De cada local salía y entraba gente, en grupos de dos, tres o hasta cinco personas. Valentina tenía la sensación de que era la única que estaba sola. Siguió caminando hasta encontrar lo que buscaba: una tienda de ropa.

La primera que vio no le gustó. La ropa que había en el escaparate era toda informal, camisetas con mensajes y vaqueros estrechos. Los colores flúor no eran lo suyo, y estaban por todas partes. La dejó pasar. Pero en la siguiente, justo al lado de la primera, vio un maniquí con un vestido que le encantó. De muchos colores, todos neutros, que creaban un efecto juvenil pero elegante. El escote en uve le sentaba bien y el corte que lucía en las caderas, a modo de cinturón, seguro que le favorecía. Decidió entrar a mirar.

La tienda era grande, pero parecía casi vacía. La ropa estaba expuesta colgada en las paredes, con estanterías bajas donde colgaban perchas con los modelos destinados a la venta. Repartidas por el espacio de la tienda, unos muebles bajos tenían maniqués sobre ellos mostrando la ropa que estaba también doblada a sus pies, a mano para quien quisiera cogerla. La decoración, toda en blanco, ayudaba a crear sensación de espacio, aunque también podría tener que ver que apenas había tres personas curioseando. Para compensar eran cuatro las dependientas, a quienes distinguió por el uniforme: mallas negras y camiseta con logo de la tienda. El negro resaltaba la delgadez extrema de la que se percató enseguida Valentina.

Ya que estaba allí no se iba a dejar amedrentar por cuatro chiquillas. Miró a su alrededor, comprobó que tres de las dependientas estaban muy ocupadas en la línea de cajas cuchicheando, mientras que la cuarta se entretenía doblando ropa en uno de esos muebles con maniquí encima. Los clientes paseaban, dos de ellos ya se marchaban, lo que dejaba la tienda casi en

exclusiva para ella.

Se dirigió a la zona de los vestidos y comenzó a pasar perchas, en busca del que había visto en el escaparate. Por el rabillo del ojo vio movimiento en la zona de cajas. El grupo de tres dependientas se disolvió cuando la otra clienta se acercó a pagar, pero pudo comprobar que una de las que se alejaba le daba un codazo a la otra, que en efecto cadena avisó a la tercera, que estaba cobrando.

Valentina prefirió agachar la cabeza y seguir buscando el vestido. Seguía escuchando cuchicheos y risitas por parte de las dependientas y, aunque no se quiso dar por enterada, en el fondo sabía que era por ella. Se miró las piernas, enfundadas en unos vaqueros azules, desgastados. Quizá se debería haber vestido mejor, pero si tuviera otra ropa no le haría falta ir de compras.

Por fin, después de lo que le pareció una eternidad, encontró el vestido. Había cuatro en el perchero, detrás de unas camisas que le horrorizaron. Casi no se atrevió ni a tocarlas, pero lo hizo para liberar un poco de espacio y poder comprobar las tallas. Una 34, una 36, otra 36 y una 40. Ninguna le podía quedar bien. Aun así, sacó la talla 40 de la percha, comprobó que el tejido cedía, estaba hecho de algodón elástico, pero no creía que diera tanto de sí como para albergar toda su anatomía. Y si lo hacía le marcaría zonas que desde luego no tenía pensado exhibir. Bajó los brazos con sensación de derrota y volvió a mirar a su alrededor. Las tres chicas seguían en la línea de cajas, el cliente ya se había marchado y seguían las tres juntas. Sin hablar, sin reír, pero sin dejar de observarla. La otra chica seguía ordenando ropa, ajena a su drama. Decidió que le preguntaría a ella.

—Perdona —le dijo, tan bajito que la dependienta no la escuchó—. Perdona —repitió.

La chica se volvió y le ofreció una sonrisa corporativa que venía a juego con el uniforme. Miró el vestido y la miró a ella.

—¿Sí?

—¿Tenéis más tallas para este vestido?

La chica la miró, seria, como estudiándola. Siguió paseando la vista entre su cuerpo y el vestido. Torció la boca.

—Creo que la más grande es la 42, pero tendría que preguntarlo.

—Raquel, ya me encargo yo. —Una de las tres dependientas que habían estado observándola había abandonado su pequeño aquelarre y se colocó en medio.

—Estaba preguntando... —Raquel intentó explicarse, pero la recién

llegada no le dejó terminar.

—Ya, ya sé qué estaba preguntando. Sigue doblando los *pullovers*.

Raquel miró a Valentina con una excusa en sus ojos y continuó con su trabajo.

—Estas jóvenes... —La dependienta recién llegada sacudió la cabeza sin percatarse de la ironía que suponía esa afirmación cuando ambas aparentaban la misma edad.

Aunque, pensó Valentina, probablemente no supiera lo que significaba la palabra ironía.

—Buscaba este vestido en una talla más grande —le explicó Valentina, con un deje de desdén, y colocando el vestido a modo de escudo entre la dependienta y ella misma.

—Sí, verás —comenzó a hablar la chica, apartando el vestido con la mano—. Aquí solo tenemos tallas normales, ¿sabes? Esa que tienes es la más grande.

—¿Perdona? —Sabía que no había escuchado mal, pero era incapaz de creer que fuera cierto.

—Tallas normales, hasta la 40. No hay más grandes.

Valentina abrió los ojos, levantó las cejas. La incredulidad hizo hasta que se erizaran los cabellos. Movié la boca para hablar un par de veces, pero no terminaba de encontrar las palabras.

—¿Además de gorda eres tonta? —La dependienta movió las manos delante de la cara de Valentina—. Que aquí no hay tallas para ti.

El último comentario provocó más risas en las otras dependientas, miembros del aquelarre que a Valentina le parecieron más brujas que delgadas, y ya era decir. Animada por su público, la trabajadora que le estaba increpando continuó:

—Si quieres entrar en nuestra fantástica ropa tendrás que dejar de comer bollos.

—Eva, te estás pasando, ¿no? —interrumpió Raquel.

La dependienta, que ahora sabía que se llamaba Eva se volvió y fulminó a Raquel con la mirada. Esta bajó unos milímetros la cabeza, pero a pesar de eso, siguió hablando.

—Es una cliente y no puedes tratarla así.

—No necesitamos clientes como esta foca —Señaló a Valentina, que la miraba aún con la mandíbula desencajada—. Nuestra ropa es selecta y solo queda bien a las personas normales.

Valentina parpadeó, intentando contener las lágrimas. Estiró la espalda todo lo que pudo y tiró el vestido, percha incluida, a la cara de la dependienta.

—Quédate con tu mierda de ropa. Prefiero que no me entre a morirme de hambre, como tú.

Esta vez fue Eva la que se quedó con la boca abierta. Con el vestido arrugado entre las manos tan solo pudo observar en silencio cómo Valentina abandonaba la tienda, como una exhalación.

Valentina no quería llorar delante de aquellas arpías, por lo que con largas zancadas alcanzó la puerta y no paró hasta salir del centro comercial. La primera lágrima mojó el suelo de la parada de autobuses y, aunque intentó contenerse, no paró hasta llegar a su casa y completar su ritual de la tristeza. La cama, Mujercitas y el helado de chocolate.

No tenía ropa nueva y, además, el poco optimismo que acompañó a la llegada del nuevo jefe se derritió como los restos del helado que comía cada noche. De este ánimo tuvo que aguantar los cambios que se produjeron en la oficina durante el transcurso de la semana. El jueves, cuando llegó ojerosa y malhumorada, se encontró con que habían cambiado de sitio todas las mesas. En lugar de los puestos individuales de mesas rectangulares que habían tenido hasta ahora, había cuatro puestos de cuatro mesas cada una, con forma de *u* donde había que sentarse, y las cuatro unidas por las esquinas formando un cuadrado. Ahora tendría que ver la cara de tres compañeros de mesa y, para Valentina, no había ningún compañero con quien le apeteciera pasar toda la jornada laboral.

—¿Te gusta?

Valentina salió de su nube para encontrarse con Efrén, que acaba de salir del despacho. Vestía de manera informal, con unos vaqueros y un polo que, a su juicio, le sentaban muchísimo mejor que el traje. Se detuvo especialmente en contemplar el vientre plano que marcaba el tejido del polo y a punto estuvo de mover la mano, que quería salir a comprobar si los abdominales estaban tan trabajados como suponía.

—¿Ehh? —No pudo evitar la cara de tonta, ni la pregunta estúpida que salió de sus labios.

Efrén sonrió y a Valentina le fallaron las piernas.

—La disposición de las mesas. ¿Te gusta?

Valentina se encogió de hombros, aún incapaz de hablar. Efrén se llevó una mano a la frente.

—¡Qué maleducado soy! ¡Buenos días! ¿Quieres un café mientras esperamos a los demás?

—Sí, claro. —Consiguió, por fin, articular.

—Puedes dejar el bolso y el abrigo aquí —señaló una de las mesas más cercanas a la oficina—. A partir de ahora este va a ser tu sitio.

Valentina obedeció y se acercó a por el café que ya estaba preparando su

jefe. Sentía que las piernas le temblaban y casi se le cayó el café al suelo porque, al cogerlo, sus dedos rozaron los de Efrén y sintió una chispa de electricidad. Le miró a los ojos, con una medio sonrisa nerviosa en los labios, y se perdió en el azul de sus iris. Él también sonrió, iluminando la estancia entera, pero enseguida retiró la mirada rompiendo un hechizo que quizás solo había sentido ella.

Estuvo a punto de preguntarle si se acordaba de ella, de su choque en la oficina central, un par de años atrás. Se pasó la mano por la frente, allí donde se hizo la pequeña herida, y buscó algo gracioso que decir. Todo lo que se le ocurría sonaba fatal ya en su cabeza, ni se quería imaginar cómo sonaría si lo pronunciaba en alto.

Efrén cogió su café y miró su reloj.

—Hemos llegado bien pronto los dos. Esperaremos a todos para comenzar con una reunión matutina, en la que os explicaré los cambios de las mesas. Son todas nuevas.

—¿Quién se ha encargado de cambiarlas? —preguntó Valentina, intentando sacudirse del cuerpo la sensación de flotar que le había dejado el contacto con Efrén y olvidado su propósito de hacerle recordar su encuentro.

—Hemos llamado a unos operarios —Efrén observó la mueca de la chica—. Tranquila —añadió con una sonrisa—, son profesionales, encontrarás todas tus cosas archivadas donde estaban y exactamente como estaban.

Valentina levantó una ceja.

—¿Seguro? No me fío de nadie, tengo mi propio sistema de archivo y no pierdo ni un solo papel, por pequeño que sea.

Su jefe se giró hacia ella, con una comisura de la boca levantada en una sonrisa sardónica y una ceja alzada.

—Sí, no te rías. Me han llegado a dar tíquets de una sola línea. Si pierdes eso, o si lo guardas sin una explicación, encuentra luego de qué era...

—Podrás comprobar que no te han tocado nada, lo dejaron igual que lo tenías, pero colocado en otro mueble. Además ahora tienes unas cajoneras más grandes.

No tuvo ocasión de contestarle porque ya empezaban a llegar todos. Cada uno que entraba se paraba un segundo en la puerta y soltaba una exclamación. La última en llegar fue Ángela. Subida a unos tacones de infarto, llevaba unas gafas de sol enormes pese a que acaba de salir el sol y no lucía muy fuerte. Frenó nada más traspasar el umbral de la puerta con las piernas, enfundadas en unos vaqueros estrechos que la hacían parecer aún más delgada, ligeramente

separadas. En un brazo, doblado por el codo, colgaba el bolso y el otro lo llevó a la cadera. La mandíbula se le desencajó levemente.

—¡La madre que me parió! —Se quitó las gafas de sol, mientras todas las miradas se posaban en ella— ¿Qué cojones ha pasado aquí?

Valentina puso los ojos en blanco y apuró su café. Nunca le había gustado el teatro, pero es que Angie era muy mala actriz. Aunque parecía que era la única que se daba cuenta. Mientras Ángela avanzaba hasta donde estaban todos en semicírculo, contoneando las caderas, las risas, todas cordiales pudo comprobar, y los murmullos subieron de tono. Incluso hubo algún conato de aplauso, pero que no fue continuado por nadie. Valentina bufó levemente y, de repente, se sintió observada. Giró la cabeza para comprobar que Efrén la miraba, serio. Se sonrojó y bajó la vista, se sintió como cuando de pequeña su madre la pillaba con la mano dentro del tarro de las galletas.

Efrén avanzó hacia el centro de la oficina y dio una palmada para centrar la atención en él y acabar con los murmullos.

—¡Bueno! Aquí estamos. —Balanceó los brazos, buscando inspiración—. Veo que todos os habéis dado cuenta del primer cambio. Las mesas son nuevas y están dispuestas de distinto modo.

Hubo varios asentimientos, y más murmullos.

—Esto es solo el principio —Se hizo el silencio—. Conmigo comenzáis una nueva forma de trabajar. La transición puede que no sea sencilla, pero estoy seguro de que os va a gustar a todos. Al final, por lo menos.

—¿Dónde está mi mesa?

Todos se giraron hacia Ángela, que como había llegado la última, estaba atrás del todo. Levantó el bolso, en el que cabía tan solo el móvil y las llaves.

—Es para dejar el bolso. — Sonrió.

Valentina creyó ver cómo parpadeaba varias veces seguidas. No podía estar segura, a veces no distinguía bien realidad de paranoia, pero lo que sí notó fue la intención de parecer inocente de Ángela.

—Déjalo en esa silla de ahí detrás. Luego os diré dónde os sentáis cada uno.

Ángela sonrió de nuevo, esta vez mostrando un poco más los dientes.

—Si alguien más quiere dejar algo puede hacerlo en la misma silla — Efrén invitó con un gesto de la mano—. Bien, como decía. Quiero que seamos un equipo. Y los equipos trabajan juntos. Por eso las mesas están dispuestas así. Somos diez personas en esta oficina, pero no era posible, por temas de espacio, colocar una mesa gigante con diez ordenadores.

Efrén paró en su discurso para dejar paso a algunas risas. De sobra sabía que eran forzadas, pero tenía que respirar él, y dejar respirar a los demás.

—Por eso están colocadas en tres puestos de cuatro ordenadores cada uno. Hay dos libres que podemos dejar para eventuales visitas. —Levantó un brazo y señaló al despacho del antiguo supervisor—. La pecera se transforma en sala de reuniones.

Hubo una exclamación ahogada. Algunos de los presentes llevaban siete años trabajando de la manera tradicional, con un cambio de jefe, pero nunca con un jefe fuera de despacho.

—Yo soy uno más del equipo —continuó Efrén— y trabajaré aquí fuera. Ahora mismo os voy indicando vuestro puesto y comenzamos con la tarea del día.

En la misma mesa de cuatro colocó a los de administración: Rosa, David, Elena y María. En la mesa de al lado colocó a Jesús de ventas internas, junto a Susana, que hacía las funciones de ayudante y Raúl, que se ocupaba de solucionar problemas con países extranjeros.

—Y en esta mesa —se situó Efrén en la que quedaba más cerca de la pecera, donde Valentina había colocado su bolso— me sentaré yo y me acompañarán Valentina y Ángela.

Valentina abrió mucho los ojos. Era un sueño estar junto al jefe, pero a su lado estaría Ángela, fastidiándolo todo. Ángela enseñó mucho los dientes en una mueca que quiso hacer pasar por sonrisa, pero no coló. Al menos para Valentina.

El grupo se dispersó poco a poco, todos con un ojo puesto en la mesa del jefe. Ambas se sentaron despacio, sin dejar de mirarse ni para apoyar el culo en la silla. Valentina, sin embargo, no se acordó de que había dejado el bolso en el asiento y, al notar algo al apoyarse, dio un respingo que hizo temblar la mesa. Ángela sonrió, tan solo con media boca, y se sentó, recta e imponente, como la reina que creía que era. Encendió el ordenador y comenzó a rebuscar entre sus cosas, para colocar encima de la mesa todo lo que necesitaba. Lo primero que sacó fue un silloncito de plástico para dejar el móvil. De todos era sabido que Ángela no podía vivir sin su móvil. Lo segundo, una pila de informes que dejó sonoramente encima de la mesa.

Valentina lo miró. Supo que había sido una declaración de intenciones. Ella no tenía la culpa de que las hubieran puesto juntas pero lo iba a pagar doble: primero por tener que soportarla de vecina y segundo por su venganza. Encendió su ordenador también y abrió el cajón grande, que en realidad era un

fichero, para dejar su bolso. Lo dejaba atrás del todo, escondido tras las carpetas colgantes, porque realmente no le hacía falta durante el día. Pasaba las ocho horas del trabajo ocupada, entre números e informes, y su vida social era bien escasa, así que ni necesitaba el móvil ni nada del bolso.

Efrén se acercó a la mesa, había estado ocupado hasta ese momento ayudando a todos a encontrar sus sitios y las cosas que había en sus mesas. Valentina estaba cogiendo un boli y unos *post it* para apuntar el importe total de una factura que le había dado el antiguo jefe cuando, al pasar junto a su puesto, sintió el roce involuntario de la mano de Efrén y la electricidad que le transmitió hizo que le temblara tanto la mano que se le cayó el bolígrafo junto a los *post it* y dos informes que tenía junto al teclado. Se agachó rápido a recogerlo, rezando porque Ángela no hubiera notado nada, ni su temblor ni el color granate que sentía en sus mejillas.

—¡Ja! ¡Qué torpe eres!

Escuchó desde el suelo y sintió la humillación de un dedo señalándole. Casi al mismo tiempo Efrén apareció en su campo de visión ayudándola a recoger papeles, la miró, frunció un momento el ceño y le sonrió.

—Yo soy un pato —le dijo, con una sonrisa que iluminó el despacho entero—. Se me caen millones de informes cada día. Y mi madre, cuando voy a comer, me pone vasos de plástico.

La broma arrancó una risa sincera a Valentina, que olvidó a su bruja particular sentada arriba, en su trono. Al escucharla reír, Efrén ensanchó aún más su sonrisa y ambos se levantaron manteniendo en contacto sus miradas.

—Toma, el informe. —Efrén dejó los papeles sobre la mesa—. No creo que se hayan descolocado mucho los folios, hemos salvado el mundo —guiñó un ojo—. Otra vez.

Valentina volvió a reír mientras se sentaba y volvía a colocarse. El corazón se le desbocó, leyendo entre líneas de sus dos últimas palabras. Puso en su sitio el boli, los *post it* y el informe. Intentó no mirar a Ángela, porque seguro que le leería la mente y no quería que se enterase de que le gustaba el jefe nuevo. Sin embargo, un vistazo de reojo le reveló que su ahora compañera de mesa estaba escribiendo en el ordenador, con furia y las cejas apretadas.

Acabaron el día en un silencio tenso. Efrén se tuvo que ir a una reunión antes de la hora de comer. Poco después, y sin mediar palabra, Ángela deslizó la pila de informes que había sacado por la mañana, y que llevaban todo el día

sin haberse abierto, hacia la mesa de Valentina. Esta ni siquiera la miró, los dejó donde estaban, con la firme intención de no tocarlos. Al rato, cuando terminó la tarea acumulada del día y ya no le quedó más que hacer, tamborileó sobre la mesa mirando al techo. No los iba a coger. No era su trabajo. No iba a hacerle el trabajo sucio a la rubia porque le diera la gana.

Se levantó con la intención de coger una magdalena y un café, pero vio que la zona de cocina ya estaba ocupada por Rosa y Ángela, que intercambiaban confidencias en susurros. Cambió de idea, pero fue al servicio para disimular. Cuando volvió, cogió el primero de los informes y lo abrió. Abrió también el programa informático para digitalizar la información que contenían los papeles y se puso a teclear. Cuando volvió a sentarse Ángela, ambas evitaron mirarse a toda costa.

El viernes a media mañana ya no pudo más y Valentina aprovechó para salir a hacer los recados a los bancos y al administrador. A pesar de solo llevar día y medio con la nueva disposición de las mesas, lo habían pasado casi en su totalidad ellas dos solas. Efrén no paraba de tener reuniones, algunas en la misma oficina, en la pecera que había quedado para eso, y otras fuera. El caso es que tenía que compartir mesa con Ángela sin el jefe de por medio y no lo soportaba. Las miradas de reojo, la lima de uñas, los empujones desdeñosos cuando se levantaba a por café. Aquella mañana cuando llegó ya tenía sobre su mesa una pila aún más alta que la del día anterior de informes. El trabajo de Ángela que daba por hecho que haría ella.

Por eso, cuando terminó de apuntar sus asientos contables, cogió el bolso y el abrigo y decidió que los asuntos que en principio no corrían prisa ahora se habían vuelto urgentes. Dejó tras de sí la mueca desdeñosa de Ángela, a la que no contestó cuando le preguntó si se iba.

Fue a coger el autobús, pero se marchaba cuando ella llegaba a la parada. Había decidido ir al centro, tenía pendiente una visita a la gestoría, y así tardaría más en volver. Con un poco de suerte su compañera de mesa se habría ido para entonces, los viernes parecía que le salían alas en los pies.

Diez minutos después llegó el siguiente autobús. Al ir a meter el billete en la máquina se dio cuenta que esta no funcionaba, así que le enseñó el bono transporte al conductor y se dirigió a un asiento vacío. El trayecto a la estación de tren no era largo, pero temía caerse si se quedaba de pie. No sería la primera vez.

Se bajó en la estación y fue directa al torno. No tenía muy claro por qué le seguía denominando torno, si lo que tenía era unas puertas de metacrilato que se abrían hacia los lados cuando introducía el billete. Al ir al pasar chocó contra las puertas, de tan concentrada que iba no se había dado cuenta que el billete había dado error. Probó a pasarlo otra vez. Error. Probó una tercera. Error de nuevo. En su cabeza se veía acosada por la mirada intransigente de las personas que pasaban a su lado, seguro que pensaban que se iba a colar.

Pero al alzar la cabeza se dio cuenta de que en realidad no la miraba nadie, salvo un vigilante de seguridad que, al ver el bono transporte, le abrió las puertas. Valentina pasó como una exhalación para dejar de sentirse el centro de atención.

Sentada en el tren fue cayendo en la cuenta. No fue de repente, como una iluminación, no. Fue poco a poco. Iba pensando en los papeles que tenía que presentar en la gestoría. Comprobó, por quincuagésima vez, que los llevaba en el portafolios. De la gestoría pasó a pensar cuál sería el trayecto más corto desde la estación y si la tienda Dunking Donuts de la esquina seguiría abierta. Pero para pasar por la tienda Dunking Donuts tendría que coger la salida de la derecha, en lugar de la de la izquierda como había hecho otras veces. Pero, y ahí sí que un rayo pareció iluminar su mente, para coger esa salida tendría que salir por los tornos. Y no le funcionaba el billete.

Los cinco minutos restantes de viaje los pasó con la angustia de qué haría si no había ningún trabajador de Renfe en la estación, como era habitual. Se olvidó hasta de los donuts que tenía pensado comprar (doce, cada uno de un color) y hasta de comprobar, por si acaso, si de verdad llevaba los papeles que necesitaba. Estuvo cada instante pendiente de la bola que se le había formado entre el estómago y los intestinos. ¿Y si no había nadie en la estación? ¿Se quedaría todo el día encerrada en una estación fantasma? O peor, ¿y si pasaba alguien y se reía de ella?

Miró el billete y lo maldijo. ¿Cómo se le podría haber roto? Lo sacó para observarlo, pero la cinta magnética parecía estar bien. No estaba rota, pero bien sabía Valentina que podría haberse desmagnetizado. Lo devolvió al estuche cuando el tren frenaba en la estación.

Sus temores habían sido fundados. Estaba sola frente al torno (de nuevo volvió a pensar por qué seguía llamándose torno) y el billete no funcionaba. No había nadie. Ni trabajadores ni pasajeros. Estaba ella sola frente a la estúpida puerta de metacrilato con un billete inútil en la mano.

En un momento de inspiración llamó al botón que había en el lateral del torno. No hizo ningún ruido y no contestó nadie. Estaba a punto de volver a llamar, pero alzó la vista y se dio cuenta de que las puertas de metacrilato estaban abiertas. Con un suspiro de alivio salió directa a las taquillas.

En el mostrador se encontró frente a un tipo, de unos cuarenta y tantos años, el pelo cano y enmarañado, que parecía muy concentrado en algo que tenía junto al teclado del ordenador.

— Hola. —saludó Valentina.

El tipo levantó la vista, y parecía molesto de tener que hacerlo.

—Perdona —continuó Valentina, levantando el billete defectuoso—, no me funciona el billete.

Con un movimiento de mano que pareció costarle un mundo, el taquillero le pidió el billete. Ni una leve sonrisa, ni una palabra. Le cogió el billete, lo miró, hastiado, y cogió otro que metió en una máquina y luego se lo dio a Valentina. Lo dejó en el espacio bajo el cristal y volvió a concentrarse en sus cosas.

— Gracias —le dijo Valentina al aire, porque estaba claro que el hombre no la oía ya, ni siquiera la veía aunque la tenía delante—. Ha sido usted muy simpático. Le deberían nominar a empleado del mes.

Este comentario hizo que el hombre se volviera a mirarla, pero sin expresión alguna en la cara. Valentina fingió una sonrisa, cogió su billete y salió de la estación.

El resto del día transcurrió con normalidad. Incluso Valentina se maravilló, porque, pese a ser viernes, no tardó mucho en la gestoría ni en los bancos y llegó a la oficina un rato antes de la hora de salida. Sin embargo no había nadie. Nadie excepto su jefe.

Estaba sentado en su ordenador, concentrado en lo que tuviera en la pantalla con las cejas levemente contraídas, lo que le formaba una arruga justo encima de la nariz. Los dedos de la mano que sujetaban el ratón tamborileaban intermitentemente. Junto a él, en el suelo, descansaba una bolsa de deportes negra, impecable.

Valentina llegó a su mesa y dejó el bolso y el portafolio con cuidado. Efrén levantó la vista, con un leve respingo. La miró, desconcertado durante un momento, y luego sonrió.

—¡Valentina! Creí que te habías ido a casa, como los demás.

—Yo, esto... Fui a hacer unos papeles... Tenía que haberte avisado... — Balbuceó, de repente asustada por si había transgredido alguna norma.

—¡No! ¡En absoluto! Tienes total libertad de movimientos.

—¿Dónde están todos? —preguntó mirando alrededor, esperando encontrar a alguien agazapado tras la silla.

—Se han ido hace un rato, les di permiso. Me quiero ganar el cariño a base de chantajes —El jefe le guiñó un ojo, cómplice, y Valentina se dejó caer en la silla, súbitamente sin fuerzas—. Me dijo Ángela que solías tardar mucho

y que, a veces, te ibas a casa directa.

Valentina abrió mucho los ojos y se le escapó un ligero bufido. Efrén rioó.

—Ya me parecía a mí que no era del todo cierto.

Ella se encogió de hombros y miró el reloj. Aún faltaba media hora para el final de la jornada. Estiró la mano para encender el ordenador y se disponía a abrir el portafolios con la documentación que había recogido en la gestoría, pero Efrén le sujetó el brazo por la muñeca impidiéndole completar el movimiento.

—¿Qué haces? Ya has terminado por hoy. Es viernes. Disfruta.

—Sí, claro...

—¿No tienes plan para el fin de semana?

—Sí, planazo. Me voy al pueblo a ver a mis padres.

—Interesante. —Efrén observó la cara de Valentina como si de verdad encontrara algo digno de estudio en su reacción.

—Si conocieras a mis padres no te lo parecería. —Valentina suspiró.

—Todos los padres son peculiares. Los míos desde luego lo son.

—El problema es mi madre. Sigue pensando que tengo 13 años y que puede controlar todo lo que hago. —Se dio cuenta de que le estaba contando algo íntimo, y se sonrojó—. Lo siento. No te interesan mis tonterías.

—Te equivocas. No son tonterías. Y sí me interesan. De hecho... —Su jefe miró de nuevo el reloj — ¿Te apetece tomar una caña? Un, ¿cómo lo llaman ahora... *after work*?

Valentina miró al suelo. Se lo pensó durante un momento. Estar en un bar junto a un chico tan guapo, alimentar su paranoia con otro tipo de pensamientos, pensar que la miraban con envidia, por una vez, en lugar de con compasión, o jactándose de ella. Que Efrén le sonriera. Pero, cuando estaba a punto de decir que sí, cambió de opinión. Seguro que se lo había dicho para quedar bien y estaba deseando salir corriendo de allí. Y, aunque no fuera así, no tenía conversación, ella era anodina y él era estupendo. Ella una empleada más y él un jefeazo...

—No puedo, lo siento...

—¿No? ¿De verdad?

Valentina pensó por un momento que parecía decepcionado de verdad.

—No, es que tengo muchas cosas que preparar, el viaje, los informes, los...

—No te preocupes, otro día será —Volvió a sonreír—. No es una obligación, pero algún día no te escaparás. — Reafirmó la broma con un

guiño.

Valentina se alegró de seguir sentada. ¿Qué le pasaba a sus piernas cuando Efrén le guiñaba el ojo? No le había pasado nunca antes.

—Entonces vete a casa. Prepara la maleta. Prepárate para aguantar a tu madre. Y, lo más importante, mantén el coche con el depósito lleno por si tienes que huir...

Valentina se levantó, sin dejar de sonreír y él la imitó, cogiendo su bolsa de deporte.

—Si no hay plan B, me toca partido —Y levantó la bolsa, como si eso lo explicara todo—. Hasta el lunes, Valentina.

Y escuchar su nombre de su boca la dejó en estado casi catatónico.

Le hizo caso en todo, hasta llenó el depósito del coche, con lo que odiaba ir a la gasolinera. Sonrió como una boba al señor que servía la gasolina. Siempre iba a la misma estación porque mantenían la costumbre, ya casi extinguida, de tener a alguien que atendía los surtidores. Luego llegó a casa, hizo la maleta, recogió lo poco que estaba por medio, y, cuando estaba a punto de salir por la puerta, llegó Berta, entrando en casa como un huracán.

—¡Valentina! —gritó, mirando con ceño la bolsa de viaje— ¡No te irás sin mí!

—¿Cómo? —Valentina dio un paso atrás, intentando huir de la furia de su compañera de piso.

—¡Que te ibas sin mí!

—Pues claro. No me has dicho nada.

—Te lo habían dicho tus padres, que me llevabas este finde.

Valentina miró al techo y suspiró. Sus padres. Su madre, quería decir.

—No me han dicho nada —volvió a mirar a Berta—. Y no me lo tienen que decir mis padres. Si quieres que te lleve me lo tienes que pedir tú. Es lo mínimo.

—¿Lo mínimo? ¿Sabes qué pasa? Que me intimidas.

Valentina la miró con los párpados a medio caer. La observó de arriba a abajo. Su delgado cuerpo cubierto con un vestido *hippy* que más bien parecía hecho de retales de manteles, pero que a Berta le sentaba genial. Su pelo revuelto cortado como a bocados, cuyos mechones sueltos de diferentes larguras enmarcaban su cara, esa cara de duende que escondía una sonrisa de bruja que bien la conocía Valentina.

—Que te intimido —repitió, afirmando, a su compañera de piso, mientras arrugaba los labios y asentía con la cabeza—. Que yo, ¡yo!, te intimido.

—Sí —balbuceó Berta—. Ahora mismo mucho.

Y Valentina se fijó en que en ese momento no parecía mentir. El lenguaje corporal de su compañera había cambiado por completo. Se había puesto más recta de repente e inclinaba su cuerpo hacia atrás, de un modo muy sutil, pero

perceptible.

—Será una novedad —afirmó sin alterarse—. Si eres rápida, te llevo. Te doy cinco minutos.

—Pero es que tengo que preparar la maleta y ducharme y aún no he comido.

Sin poder evitarlo, Valentina miró el reloj. Eran las cinco de la tarde.

—¿Se nos ha hecho tarde con las cervecitas? Cinco minutos, Berta. Lo controlo desde ahora.

—Pero...

—El tiempo corre.

Berta entrecerró los ojos y la miró como si quisiera fulminarla, pero antes de que concluyeran los cinco minutos estaba en la puerta con una bolsa de deporte en la mano y los cascos en los oídos. Lo único que masculló, lo suficientemente alto como para que Valentina la escuchara, antes de salir fue:

—De esta te vas a enterar.

Valentina puso los ojos en blanco antes de cruzar el umbral. Tardaría medio segundo en contárselo a sus padres y a su madre, su versión, claro. Pero no le importaba. Le importaba tan poco que no dejó de pensar en ello durante las dos horas y media que duró el viaje. Un viaje tenso y silencioso, porque ninguna de las dos chicas soltó una palabra.

Al llegar cada una se fue a su casa, sin intercambiar palabra. Valentina suspiró antes de entrar. Más le valía disfrutar de la paz que le quedaba porque en cuanto su madre se enterara su fin de semana sería un infierno.

Su padre y su madre estaban sentados a la mesa, como siempre, cada uno en su sitio habitual, jugando a las cartas. Ambos levantaron la vista de sus cinco naipes, pero con reacciones distintas. A su padre una sonrisa le iluminó la cara. Su madre arrugó la boca creando más arrugas alrededor de sus labios. Se acercó a darles un beso. Primero a su padre, luego a su madre.

—Llegas tarde —dijo esta última mirando su reloj de pulsera—. Te esperábamos hace una hora.

Su padre puso los ojos en blanco. Solo fue un segundo, pero lo suficiente para que Valentina lo apreciara.

—Tuve que esperar a Berta, que llegó en el último momento.

—Pero si ya te dije el otro día que te la tenías que traer.

—No, mamá, no me lo dijiste.

—Sí que lo hice, me acuerdo perfectamente.

—Mamá, lo harías en una de tus conversaciones imaginarias, que sé que a

veces tienes conmigo. No notas la diferencia porque nunca me escuchas cuando hablo.

—¿Me estás llamando loca?

—No, mamá...

Su madre dejó las cartas en la mesa, boca abajo para que no se vieran.

—Te voy a perdonar porque veo que estás cansada del viaje. Ese viaje agota a cualquiera...

—Mamá, he venido en coche —no pudo evitar puntualizar—, no corriendo. Es poco más de dos horas, no cansa tanto.

—Dos horas... ¡Dirás tres! Un infierno es lo que es el viaje ese. No sé por qué te empeñas en vivir tan lejos. Con lo bien que estarías en la notaría con el tío Tomás...

—Sí, intentando que no subiera su mano de mi rodilla.

—No sé qué insinúas, jovencita, pero no me gusta nada ese tono. El tío Tomás siempre ha sido muy cariñoso, pero jamás se ha propasado. Es un cristiano de bien que va a misa todos los domingos.

—Mucho tiene que confesar —murmuró entre dientes Valentina. No por su madre, porque cuando se enzarzaba con ella no podía parar, pero su padre había empezado a apretar los puños y había notado cómo se le ponían blancos los nudillos.

—¿Qué has dicho?

—Nada, mamá. Que voy a dejar la maleta y me voy a dar una ducha. Tienes razón, estoy cansada. Esta mañana he estado de papeleos y he tenido una semana movida.

Le puso una mano en el hombro a su padre y le sonrió cuando este le miró. Su alivio fue inmediato. El de los dos, de hecho.

—Seguid jugando la partida. Enseguida bajo.

Y se dirigió a su cuarto, a dejar la maleta de fin de semana y a coger ropa cómoda para ducharse.

Mientras se metía en el baño no dejaba de darle vueltas a la reacción de su padre. Siempre había sido muy callado, sometido, de hecho, a la mandona de su madre, pero a veces se olvidaba de que también tenía su carácter. Y sus secretos.

De hecho, Valentina y su padre compartían muchos secretos. Pero a veces ella no se daba cuenta de que había cosas que no podía comentar delante de su madre.

Ocurrió el verano en que Valentina tenía siete años. Jugaba en la hera, mientras su padre atendía sus cosas en el pajar. Mientras ella estaba entretenida con sus muñecas y sus cacharros, recogiendo hierba para hacer la comida y dándosela a su pequeño poni, notó que algo le tapaba el sol. Cuando miró hacia arriba, vio a su tío Tomás.

Era familia de su madre, un primo tercero, en realidad, pero se habían empeñado en llamarle tío y por tío le conocía Valentina.

—Hola preciosa —le dijo, sonriendo—. ¿Me puedo sentar a jugar contigo?

Valentina miró hacia atrás, buscando a su padre, pero estaba dentro de la nave trajinando. Algo en la sonrisa de su tío Tomás le recordó al cuento de Caperucita, cuando se acerca al lobo disfrazado de abuela preguntando: «abuelita, abuelita, qué dientes tan grandes tienes...» Pero, como era familia, le dijo que sí con la cabeza.

Sin mirar si quiera alrededor, Tomás se sentó en una piedra cercana.

—Podemos jugar a papás y mamás, ¿quieres?

Valentina le miró sin hablar.

—Es un juego muy divertido, ya lo verás. Ven aquí. —Con un brazo le invitó a acercarse.

Valentina se levantó, pero sin moverse del sitio. Seguía pensando en el lobo de Caperucita.

—Ven, boba, que no te voy a hacer nada. Solo quiero jugar. Vamos a divertirnos mucho. —Como la niña seguía sin moverse, se buscó en el bolsillo—. Mira, tengo chuches.

Esta vez Valentina se acercó. El tío Tomás tenía una bolsa entera de chuches.

—¿Son tuyas?

—Sí, claro. A mí me encantan las chuches —le dijo su tío, abriendo mucho los ojos mientras hablaba y asintiendo con la cabeza.

—No conozco a ningún mayor que coma chuches. Son de pequeños.

—Pues yo soy un mayor y las como. Ya conoces a alguien. Ven, siéntate aquí. —Se dio unos golpecitos en la rodilla.

Valentina accedió. Se sentó en donde le había indicado su tío y este le puso una mano en la rodilla. Ella llevaba un vestido corto y, al notar el contacto con su piel, dio un pequeño respingo.

—No pasa nada, preciosa.

Y con sus dedos empezó a acariciarle la piel del muslo, justo por encima de la rodilla.

—Toma, otra chuche —le ofreció su tío.

Y justo cuando subía un poco más la mano y con su dedo meñique acariciaba la puntilla de sus braguitas, su padre salió del pajar. Su tío no le vio, porque en ese momento estaba abriendo la bolsa de chuches con una mano e intentando llegar a las bragas de Valentina con la otra, mientras con el brazo hacía presión en el cuerpo de la niña que ya empezaba a pugnar por bajarse de su regazo. El padre de Valentina se acercó a ellos, rápido y silencioso, con el gesto muy serio.

—¿Qué demonios le estás haciendo a mi hija?

Con un respingo, tío Tomás bajó a Valentina de su regazo y se puso en pie. Extendió las manos, enseñando las palmas y dio un paso atrás.

—Aniceto... Nada, no le estoy haciendo nada. Solo jugábamos. ¿Verdad, preciosa?

Valentina le miró muy seria, los ojos abiertos como platos y la cara pálida. Se escondió tras las piernas de su padre, que le pasó un brazo protector sobre la espalda. Sin mirarla, le dijo:

—Valen, cariño, espérame en el pajar.

Y Valentina obedeció, escondiéndose tras la puerta.

—No se te ocurra volver a acercarte a mi hija. Ni rozarle un pelo.

—Te equivocas, Nice...

—Para ti soy el señor Rodríguez. No te quiero ver cerca de cualquier niña, o niño, porque te corro a hostias del pueblo. Y mucho menos de mi hija. ¿Entendido?

—Nice, no sé qué te habrás pensado, pero eso es...

—¿ENTENDIDO?

Valentina se encogió un poco al oír el grito de su padre. Nunca le había oído levantar la voz.

Tío Tomás extendió de nuevo las manos e incluso dio un paso hacia adelante. Aniceto se arrimó a él todo lo que pudo, apretando los dientes.

—Eres un degenerado. Como te vea cerca de un menor, te juro que no te salva ni tu dios.

Tomás le puso una mano en el pecho y comenzó a hablar.

—No te consiento que...

Pero no pudo terminar la frase porque Aniceto le asestó un puñetazo en la nariz. Valentina, desde su escondite, ahogó un grito y comenzó a llorar.

—Aquí el que no consiente soy yo. ¿Te das ya por aludido o sigo hasta que mañana te despiertes en un hospital?

—Hijo de...

—Cuidado con lo que vas a decir.

Tomás agachó la cabeza, con las dos manos en la nariz. Se dio la vuelta para irse, pero Aniceto le cogió del hombro y le detuvo.

—Quiero que me digas si lo has entendido bien. No te quiero ni a cien metros de ningún niño —bajó la voz y apretó los dientes—. Como te pille dándole un caramelo a un niño, aunque no le estés ni rozando, te voy a dar de comer a los cerdos. Mueve la cabeza para saber que lo has entendido.

Tomás asintió, sin mirarle.

—Y ahora a ver qué te inventas. Te interesa más a ti que a mí que no se sepa cómo te has hecho eso.

Le liberó el hombro y tío Tomás se fue como alma que lleva el diablo. Jamás volvió a acercarse a Valentina. Ni a ningún niño del pueblo, que ella supiera.

Su padre la fue a buscar al pajar y la encontró detrás de la puerta, sentada en el suelo, llorando.

—¿Estás bien, princesa?

—Lo siento mucho, papá. ¿Me vas a castigar?

Su padre hundió los hombros.

—No, cariño. ¿Por qué? No has hecho nada malo.

—Por mi culpa os habéis pegado.

—No, cielo. Tío Tomás se ha portado mal contigo. No es tu culpa.

—Vale. ¿Qué va a decir mamá? Ella se va a enfadar seguro.

—¿Qué te parece si no le decimos nada? —Sonrió—. Será nuestro secreto.

—Vale.

—¿Quieres un helado? —Le limpió las lágrimas con las manos. Valentina asintió con la cabeza— Pues nos vamos a por uno.

La abrazó muy fuerte. Cuando Valentina creía que la iba a aplastar, la soltó. Notó en su padre los ojos un poco húmedos y le entraron ganas de llorar de nuevo.

—Venga, vamos.

Le dio la mano y se fueron a por un helado.

Su padre y ella guardaban muchos secretos. Pero de este jamás volvieron a hablar.

Al salir de la ducha, escuchó que alguien entraba en casa, y voces. Parecía que su madre hablaba con la vecina. Sin terminar de secarse, y aún envuelta con la toalla, se asomó a las escaleras para escuchar sin ser vista. Pudo comprobar que sí, que era su madre hablando con la madre de Berta. No había tardado mucho su compañera en quejarse y las noticias volaban.

Retrocedió despacio, intentando no hacer ruido. La casa no era muy grande, pero era muy vieja y le sonaban las tablas de madera con las que estaba construida como a un anciano le suenan los huesos al levantarse. Casi había llegado a la habitación cuando le falló el apoyo del pie derecho y cayó todo lo larga que era al suelo. Dio con la parte de atrás de la cabeza y ni siquiera la toalla que llevaba de turbante, para absorber la humedad del pelo, la libró del dolor.

Desde abajo llegó un pequeño grito y sonaron pasos por la escalera.

—¡Pero hija! ¡Qué haces ahí tirada!

—Nada, mamá, descansando... —Valentina no pudo evitar la ironía.

—¿Te has caído?

—Sí, mamá, me he caído...

«¿Acaso no es evidente?», pensó para sí. Se lo ahorró a su madre con gran esfuerzo.

—Siempre has sido muy torpe, Valentina.

—Mamá, ¿te estás riendo? —Observó, aún desde el suelo. Y molesta.

—No. —Se le escapó un bufido.

—Mamá, no es gracioso. Me he hecho daño.

—Ya lo sé, cielo. —Esta vez fue una carcajada—. Anda, levanta.

Valentina se sentó. Se miró a sí misma con los ojos de su madre. Envuelta en una toalla, con otra en la cabeza y tirada en el suelo. No había sangre, solo unas pocas lágrimas de vergüenza que llenaban sus ojos. Y de repente le vio la gracia a la situación. Comenzó a reírse poco a poco, primero una mezcla de llanto y risa, luego ya risa sin más. Hacía mucho tiempo que no reía con su madre. Esta le tendió la mano y la ayudó a levantarse, pero casi se caen las dos sobre la cama, un apoyo en el último momento impidió el derrumbe, lo que provocó más risas.

—Anda, sécate y baja, que vas a coger frío. —le dijo, tras un rato, su madre y bajó las escaleras enjugándose las lágrimas que tanta hilaridad habían causado.

Valentina, por una vez, obedeció sin rechistar. Y más tarde, ya en la cama, se dio cuenta de que no le había dicho nada sobre el tema de Berta. Aún después de haber confirmado que hablaba con su madre cuando se cayó por ser mala espía. Si se atenía a la verdad, no era la primera vez que Bertita amenazaba y luego no le llegaba la regañina. Igual su madre no le decía todo lo que le llegaba a ella. Suspiró, alejando elucubraciones que no le ayudaban en nada, sonrió al recordar la escena de la caída y se durmió.

La mañana del sábado la pasó entretenida con su padre, ayudándole en las tareas cotidianas del huerto y el pajar, que aún conservaba aunque no tenían ya animales. Le encantaba pasar el rato con su padre. No solían hablar, la suya era una generación muy callada, pero trabajaban juntos en silencio y eso era muy reconfortante para Valentina. A media mañana hacían una parada y se sentaban a contemplar las nubes. Como si hubiera estado espiando, su madre llegaba a los cinco minutos de haber hecho el descanso con una cesta con algo de pan, queso o chorizo y unos refrescos. Entonces se sentaban los tres, en silencio, a comer y a beber. Era una tradición que después de tantos años, aún conservaban.

—Ha llamado la tía Herminia —comentó su madre—. Me ha dicho que vendrá esta tarde, la trae Paquito.

Valentina se fijó en las manos de su madre. Las movía de un lado a otro de su regazo, arrugando el mandil que solía llevar en el campo. Lo cogía entre los dedos, lo estrujaba y lo volvía a soltar para, un instante después, estrujarlo de nuevo. Valentina sabía que era su hermana favorita, su tía Herminia, pero que siempre le había tenido mucho respeto. Cada visita de su tía provocaba en su madre un estado de ansiedad, donde todo tenía que estar perfecto y cualquier cosa era poca para ella.

—¿Necesitas comprar algo? Te puedo llevar al pueblo. —Se ofreció, aunque era lo último que le apetecía.

—Bueno, ahora que lo dices... —Las manos soltaron el mandil y Valentina imaginó el suspiro de alivio de la tela—. Tengo que comprar cuatro cosas de nada.

—Seguro que papá se apaña sin mí.

Al volverse a mirar a su padre, durante un instante creyó ver una mueca de disgusto. Solo fue un gesto etéreo, pero que a Valentina le hizo sonreír.

—¿Verdad, papá?

—Claro —gruñó su padre.

Las cuatro cosas se convirtieron en un carro entero de la compra.

—Ya que estás aquí, aprovecho... Me hacen falta huevos, harina, leche, zumos... No, de esos no cojas, no vaya a ser que los vea tu tía y nos tome por pobres. Coge de los de marca.

Valentina suspiró. Las apariencias eran lo más importante para su madre. De todos modos, y aunque le fastidiaba el estado de nervios en que le ponía su tía, tenía ganas de ver a su primo. De niños habían sido inseparables, pero hacía mucho que no se veían, un año por lo menos. No, ahora que lo pensaba,

habían sido dos. Y antes de eso ya se habían distanciado cuando se fue a la universidad.

Lo poco que sabía de él se lo contaba su madre, que hablaba con su tía semana sí, semana no. Sabía que se había tenido que ir a Barcelona por trabajo, había encontrado una oferta muy buena que había aceptado y, por lo que contaba su madre, le iba más que bien. Pero, claro, tampoco se podía fiar mucho, primero porque su tía exageraba todo lo que podía y, segundo, porque lo que no exageraba su tía lo hacía su madre, para mostrarle amablemente cómo se tenían que hacer las cosas.

— Y en solo tres meses ya es jefe de sección, como lo llaman ellos, y hace no sé qué con los ordenadores. Tiene teléfono de empresa y siempre lo lleva encima, como los importantes...

Su madre no dejó de parlotear durante toda la compra, el viaje de vuelta a casa y mientras colocaban las cosas en la cocina y en la despensa.

— Ya podrías haber aprendido algo tú del Paquillo, que lo único que hacíais igual era comer... Así estabais los dos, cebaditos, pero anda que no eras una niña mona, con esos mofletes. Y él igual, adorables que eráis...

Su madre la miró fijamente y le tiró del moflete, como cuando era niña.

— ¡Ahhh! ¡Mamá! — Valentina frunció el ceño y se llevó la mano a la cara, como si eso fuera a calmar el dolor.

— Ni mamá ni leches. Hacía mucho que no te cogía del moflete, con el gusto que me da. — Estiró la mano para cogerla de nuevo, pero Valentina fue más rápida al esquivarla.

Después de comer, Valentina se fue a su rincón favorito a leer. En el patio trasero, a la sombra de una encina, se colocaba unos cojines y allí pasaba la mitad de la tarde con la nariz metida en un libro. A menudo se acompañaba de pipas o chucherías, pero hoy no tenía nada, porque como se le ocurriera meter mano a algo de lo que habían comprado su madre era capaz de cortársela.

No sabía cuánto tiempo había pasado, solo que había cambiado cuatro veces de postura y que, aun así se le estaba durmiendo el trasero, cuando escuchó voces provenientes de la puerta de la casa. Debían ser su tía y su primo Paco. Segundos antes de escuchar a su madre llamarla a voces ya se había levantado e iba hacia el encuentro de sus familiares. Entró en la casa, cegada por el cambio de luz, con el libro en la mano y empezó a distinguir dos siluetas. Parpadeó varias veces para intentar acostumbrarse a la semi

oscuridad.

Reconoció enseguida la figura oronda de su tía Herminia, que estaba a un lado mientras su madre saludaba a un chaval que no reconoció. A juzgar por los aspavientos y las exclamaciones de su madre, ella sí que lo conocía. Adelantó un paso para darle un beso a su tía, pensando que a lo mejor sería un amigo de Paco o, incluso, algún sobrino por la otra parte de la familia. Su madre seguía vociferando.

—¡Madremíadelamorhermoso! ¡Madrededios! ¡Jesús, María y José! —Y, mientras, cogía al chico de la cara con las dos manos y lo agitaba de un lado a otro. Valentina sintió un poco de lástima y de vergüenza ajena ante la escena— ¡Pero Paquillo! ¿Qué te ha pasado? —Continuaba su madre.

Ante la mención del nombre de su primo, Valentina abrió mucho los ojos y prestó más atención. La vista ya se le había acostumbrado a la penumbra de la casa tras el sol del patio y escudriñó la cara que su madre estrujaba y balanceaba con ambas manos. Cuando el reconocimiento llegó a su mente, aún era incapaz de creerlo.

—¡La madre que lo parió! —gritó.

Su madre se volvió hacia ella automáticamente.

—¡Valentina! —La regañó, y supo que se había librado de una colleja porque tenía las manos ocupadas.

—Lo siento, tía —Se disculpó—. Mamá, déjame saludar.

—Sí, sí, claro...

Rescatado de las garras de su madre, Valentina pudo comprobar que, efectivamente, aquel chaval delgado y guapo que ahora mismo tenía enfrente era Paco, su primo Paquillo. Avanzó un paso, acercándose a él, y aun así no terminaba de tomárselo por cierto. Resistió el impulso de tocarle la cara, no quería acabar como su madre, estrujándole los ahora delgados mofletes.

—¡Prima! ¡Qué guapa estás! —exclamó Paco, con la voz de Paco de siempre, y la abrazó fuerte.

—¿Yo guapa? ¿Tú te has visto? ¡Vaya cambio!

Paco abrió los brazos ligeramente y se miró hacia abajo un instante.

—No te creas que ha sido de un día para otro...

—No, si yo no pienso eso... Pero...

—Hacía mucho que no nos veíamos...

—Sí, y has cambiado tanto...

Paco se echó a reír. En ese momento, la madre de Valentina recobró el dominio sobre sí misma y se dio cuenta de que estaba siendo una mala

anfitriona.

—¡Bueno! ¡No os quedéis en la puerta! Pasad, pasad... ¿Herminia, quieres un café?

—Sí, un cafecillo cargado. Aunque dice el médico que tengo la tensión alta y que no puedo abusar, pero qué sabrá él. Dame un café de esos buenos que haces tú, hermana.

—Valentina —Esta se giró hacia su madre, aún extasiada por la nueva imagen de su primo—. Anda, espabila y ve a llamar a tu padre, que aún está en el pajar.

—Sí, claro.

—Te acompaño —Se ofreció Paco—. Así nos vamos poniendo al día.

—Tienes mucho que contarme. —Sonrió Valentina.

Caminaron cogidos del brazo, un rato en silencio, pese a la promesa. Valentina de repente se sentía cohibida y su primo no parecía tener nada que decir. Miraban el paisaje, que parecía siempre el mismo. Un camino de tierra con prados a ambos lados y cuatro casas detrás era todo lo que tenía que ofrecer la aldea.

—Parece que esto no cambia nunca. —Paco rompió el silencio. Miraba los prados con una leve sonrisa en la boca.

—No, esto no. Pero tú...

—Sí, yo he cambiado un poco. Quiero presentarme a policía.

Valentina rio.

—¿Para comer donuts?

—¡Claro! ¿Para qué si no! —Lejos de ofenderse, Paco continuó la broma.

Valentina se alegró de comprobar que no habían perdido de todo la complicidad.

—Pero... —Valentina se paró en el camino—. Entonces, todo ese cambio, ¿por unas oposiciones?

Paco aprovechó el alto y se sentó en una piedra.

—Verás, estaba ya un poco harto de estar encerrado en mi cuerpo. Y en un trabajo que no me gustaba. Sabes que no estudié mucho...

Valentina asintió.

—Nada, de hecho. Te sacaste el graduado y poco más.

—Pues un día tuve una revelación.

A Valentina se le escapó una carcajada.

—¿Se te apareció la virgen?

—Sí, tú ríete, pero verás si algún día te pasa. No lo podrás llamar de otra

manera.

—Si yo tuviera una revelación haría feliz a mi madre. Me metería a monja y ya no sería una solterona porque estaría casada con dios.

Paco la miró fijamente y le quitó un mechón de la cara. Se lo colocó, despacio, detrás de la oreja. Valentina bajó la mirada y sintió el rubor subir a sus mejillas. Ahora estaba muy guapo.

—Qué boba eres. Estás soltera porque quieres. Seguro que tienes una legión detrás de ti.

—Pues será una legión de invisibles.

—El día que despiertes te los quitarás a manotazos. O mejor, los quitaré yo a hostias.

—Anda, bruto. Bueno, cuéntame tu epifanía.

—No fue una epifanía, sino una revelación. Me desperté un día y tuve claro que no quería seguir así. Por los kilos de más, siempre cansado, sin agilidad. Vamos, gordo, sin estudios y sin un trabajo que me llenase.

—Así, tan fácil. —Valentina chasqueó los dedos.

—En realidad sí. Siempre me han atraído los cuerpos de seguridad, lo sabes —Su prima asintió—. Averigüé por internet qué había que hacer para las oposiciones y me apunté a un gimnasio. Y poco a poco me he quedado como estoy. Ahora, además, estudio en una academia, para el examen, que tan importante es lo físico como lo teórico.

—Pero te habrá costado mucho.

—No hay recompensa sin sacrificio.

—Eso os lo decían en el gimnasio.

—Lo tienen en un cartelón en la pared.

Ambos rieron.

—Ya sé que suena manido —continuó Paco—, pero es cierto. Al principio me quería morir. Pero estaba decidido. Mi vida tal como era no me hacía feliz. Comía y comía y seguía estando vacío. Ahora no hago una dieta estricta, pero casi todo lo que como es sano. Y el deporte me llena como no lo hacía la comida. Y lo más importante: me miro en el espejo y me reconozco y me quiero. Me encuentro guapo.

—Es que estás muy guapo.

Paco se volvió a mirarla de frente.

—Y tú eres muy guapa. —Hizo hincapié en el verbo.

Valentina bajó la mirada y jugueteó con la punta del pie en la arena. Paco la cogió de la barbilla y le hizo mirarle.

—Lástima que no tenga un espejo para que te vieras tal como eres. Preciosa. Hay una cosa que he aprendido con el deporte y creo que es la más importante de todas. —Soltó la barbilla de su prima, que le miraba con el ceño ligeramente fruncido y la cabeza un tanto ladeada—. Y es que lo que hay que cambiar no es el cuerpo. Es la mente.

—Cómo voy a cambiar la mente si sigo con este cuerpo.

—A tu cuerpo no le pasa nada. Está todo aquí. —Le dio unos toquecitos con los dedos en la frente—. Es lo que modificas con el deporte. Luego, como daño colateral, te cambia el cuerpo, te salen músculos, te pones más fuerte y sobre todo más sano. Pero el principal cambio es el mental. Sin ese, no hay nada.

Valentina miraba fijamente a su primo. Intentaba entender lo que le decía. Le llegaban las palabras, las comprendía porque eran en su idioma, pero no habría entendido menos si hubiera sido en chino. Los conceptos se le escapaban. Ella estaba gorda y su problema estaba en su culo, no en su cabeza. Iba a replicar cuando apareció su padre por el camino.

—¡Hombre, Paco! ¡Qué cambiado estás! —Su padre le dio un torpe abrazo a su sobrino—. Y tu madre, ¿qué tal está?

— Bien, bien. Está con la tía en casa. ¿Y vosotros?

Comenzaron a caminar todos juntos hacia la casa, donde la madre de Valentina esperaba con café y pastas en la mesa.

2ª PARTE